

A close-up photograph of a man with a beard and short dark hair kissing a woman on the cheek. The woman has long brown hair and is smiling slightly with her eyes closed. They are both wearing white shirts. The background is a plain, light color.

AMOR

que *hiera*

ULISES NOVO

AMOR QUE HIERES

Ulises Novo

A Anny Peterson

“¿Qué estoy haciendo contigo en este piso? ¿El amor?”

Marlon Brando en Último tango en París,

1

El hombre que acaba de entrar en la librería cambiará la vida de una mujer.

El hombre que acaba de entrar en la librería había encargado una antología de poemas de William Blake para preparar un artículo. Una revista literaria de bastante prestigio le ha pedido que analice la importancia del símbolo del fuego en algunos versos del poeta inglés.

En este momento de su vida, le aburre ponerse a redactar párrafos sobre un tema que leerán solamente algunos universitarios y unos cuantos colegas, sin otro fin que criticarlo con dureza. Pero es el destino de todo crítico literario.

Cuando gira la cabeza a la derecha, se percata del cuerpo de ella.

Es un cuerpo joven, a contraluz. Es una mujer que está leyendo con devoción; una veinteañera que ha encontrado un libro que posiblemente estaba buscando desde hacía bastante tiempo y que, por pereza, no se ha animado a hojear hasta ahora.

Permanece de pie. Su blusa transparente descubre sus curvas, delicadas, suaves, casi quebradizas al contacto, las formas volubles de alguien que cuida su alimentación y hace ejercicio con frecuencia.

Las sombras suavizan sus pómulos y la palidez de su rostro es más propia de un reflejo que de alguien que existe realmente.

Mientras espera que le envuelvan el libro, el hombre no ha podido evitar acercarse a esa joven para saber qué está leyendo con tal grado de abstracción. Se trata de las primeras páginas de la novela de Sylvia Plath, *La campana de cristal*. Quizá ese detalle hace que la joven adquiera mayor atención por parte de un intelectual como él.

Para alguien como Michael, que conoce con profundidad la literatura inglesa y americana, reconoce enseguida que ese libro es parte del legado de una escritora que destacaría especialmente por su poesía, no por su prosa.

La joven no se ha percatado de la presencia de ese hombre que está

pensando detenidamente unas palabras; un hombre que ahora descubre en ella una fragilidad atrayente, nutrida de la propia levedad de esa luz que emana desde fuera y se proyecta hacia el interior de la librería.

El hombre le susurra algo relacionado con la novela de Sylvia Plath y entonces ella se da la vuelta, y sus ojos claros, inundados de la languidez de alguien que teme las palabras de cualquier extraño, se fijan en los ojos de ese hombre que parece comprender lo que la escritora Sylvia Plath intentaba transmitir en esas primeras líneas de la novela.

Los labios de ella se curvan. La luz los arrasa y Michael sonrío espontáneamente y le brinda la oportunidad de que no deje de leer tampoco a la escritora Anne Sexton, la maestra de Sylvia, quien influyó en su forma de escribir.

Los ojos de la joven abandonan la languidez y se detienen en algo que rezuma más allá de las pupilas de ese hombre que quiere invitarla a café.

Ella no tiene prisa y siente la corazonada de que Michael es alguien que puede ayudarla con el ensayo para su asignatura de Literatura Americana; un

trabajo de investigación que ha de presentar dentro de unos días para poder obtener su Grado en Literatura Comparada.

Salen de la librería con varias obras que Michael le ha recomendado. Afuera, la luz emerge de un lugar incierto. Los dos se mezclan con la muchedumbre. Son las cinco en Londres. Son las cinco en Regent's Street y, a esa hora, todo el mundo se mezcla, todo el mundo se busca, todo el mundo se refugia en cafeterías y paradas de metro.

Mientras caminan, no se dicen nada, pero ese gusto por la literatura los ha convencido de que deben citarse otro día, después de un primer café cerca de Gordon Square.

A Sheila le encantaría seguir hablando sobre autoras inglesas y americanas. Veinte minutos de paseo han bastado luego para que, entre ellos, se haya creado un vínculo que no solo es intelectual, sino también un vínculo físico. Sheila tiene un pelo precioso y aprieta los libros de Sylvia Plath contra su pecho. Un aire jovial alimenta la falsa timidez de ella.

Michael vive con una mujer llamada Jacqueline desde hace varios años,

una profesora de intercambio que conoció en un ciclo de conferencias. Están a punto de alquilar una casa a las afueras de Londres porque a Jacqueline esta clase de ciudades la estresan demasiado.

Pero la joven no sabe nada de la vida privada de ese hombre que se despide ella en la estación de metro de Charing Cross. Y Sheila, la que ha preguntado a Michael, mientras tomaban café, por qué Sylvia Plath escribe de esa manera tan compleja, está viviendo, desde hace más de un año, con un joven abogado, Richard; alguien que aspira a ser juez o notario, alguien que no aprecia lo suficiente la literatura a la que ella, sin embargo, le dedica muchas horas al día, leyendo y anotando versos y citas en su agenda Oxford.

Pero ni Michael ni Sheila han de saber nada de la biografía del otro; es un pacto tácito que han establecido con solo mirarse mientras tomaban ese primer café y la literatura de Sylvia Plath fluía por sus bocas.

Michael y Sheila prefieren callar, porque la joven sabe, desde el principio, que el interés de ese hombre por ella no radica en su predilección por la literatura, sino porque está interesado en su cuerpo.

Duda que un hombre como Michael se acerque a ella meramente por el hecho de aconsejarla con las posibles interpretaciones de una lectura tan confusa como atractiva de *La campana de cristal*.

Pero a ella no le importa.

Alguien como Michael lo merece. No puede evitarlo. Por primera vez, estima que los hombres pueden llegar a ser más que intrigantes.

Es su segunda cita en una cafetería cerca de Godon Square. La lluvia ha perdonado esta tarde, pero, pese al esplendor de la luz, parece que todos se han ausentado de Bloomsbury, por donde suelen transitar universitarios y oficinistas hasta confluir en Oxford Street.

El café es áspero y las tartaletas de nata con nueces son exquisitas. Rose's Train aparece en cualquier guía turística sobre Londres. Suena una música de fondo, una melodía que se repite, una melodía entre nostálgica y triste, una melodía de William Basinski, con un trasfondo de cascada de agua.

Ella vuelve a repetir de blusa y se ha recogido el pelo. Está claro que quiere aparentar recato y pudor. Vuelven hablar de libros, de autores, de influencias. Ninguno sabe cómo se llama el otro.

A Sheila se la ve especialmente interesada por los conocimientos que Michael le aporta con orden y meticulosidad. Pero no hablan de sus vidas, de sus noviazgos, de sus proyectos. Ninguno de los dos quiere mostrar sus cartas.

Ninguno de los dos quiere dar la sensación de ser criaturas condenadas a la rutina, a los acuerdos y a las responsabilidades de ese mundo que hay ahí afuera.

Antes de comentar el final de la novela de Sylvia Plath, el hombre le enseña un juego de llaves. Lo pone encima de la mesa y Sheila no entiende esa maniobra hasta que Michael se lo explica, cambiando el tono de su voz, mirándola fijamente, como queriendo buscar en alguno de sus gestos un primer síntoma de debilidad.

Ese juego de llaves pertenece a un apartamento de Bloomsbury que Michael compartió hace años con un amigo, quien lo compró finalmente. Pero ahora el amigo trabaja fuera, así que el apartamento está vacío.

Pueden ir allí.

Además, es miércoles y ella no volverá a ver a Richard hasta esa noche, cuando el joven abogado regrese del trabajo en la City. Los miércoles son los peores días. Los asesores y los agentes piden informes de las últimas operaciones.

Ese hombre llamado Michael, que ha invitado a café a esa joven que leía a Sylvia Plath dentro de la librería, tiene por costumbre llegar tarde a casa, casualmente todos los miércoles; redacción de apuntes en su despacho, foros de debate en algún aula, envíos de emails.

Y, como todos los miércoles, Jacqueline estará dormida, ovillada en el sofá, mientras el televisor se inunda de anuncios y promociones de aparatos de gimnasia.

Terminan su café. Y Sheila coge su libro de Sylvia Plath, haciendo el ademán de marcharse de allí juntos hasta el apartamento.

Pero, antes de abandonar la cafetería, la joven deja que él coloque su mano sobre su pierna derecha y que la deslice, con sigilo y sutileza, hasta su sexo.

Y ella pone los ojos en blanco y susurra algo que a él le excita enormemente, y entonces salen. Billetes arrugados sobre la mesa junto a unos platos con migajas indican la urgencia de llegar a esa habitación cuanto antes.

La luz decae afuera. Las calles se vacían y ellos, sin cogerse de la mano, caminan aprisa hacia Tavistock Square.

No es posible que todo suceda de esa forma tan imprevisible, piensa ella, mientras su cuerpo se estremece al presentir a ese hombre tan cerca, su aura de atrevimiento, su masculina impronta de criatura que sabe seducir como ningún hombre ha hecho antes con ella.

No puede ser que se haya dejado tocar de esa forma por un desconocido. Y en público. Pero no duda en seguir con ese juego, si es que se le puede llamar un *juego* a algo así. No sabe cómo definirlo; porque es la primera vez que lo experimenta, y porque es original, nuevo, insólito.

Quizá sean suficientes razones para que Sheila se deje guiar por esa sombra que se adelanta hasta un portal. El hombre invita a seguirlo, así que la joven sube unas escaleras al mismo tiempo que Michael abre una puerta, y entonces el mundo que antes han conocido se apaga.

Y el hombre, guardando el juego de llaves en el bolsillo interior de su gabardina, sonrío de forma enigmática, cuando gira la cabeza y su mirada se detiene en el rostro de Sheila, un rostro que la luz ha mentido.

Es más hermosa todavía, es más hermosa que ayer incluso, ese día en que coincidieron en la librería.

3

La besa despacio, hundiendo los dedos en su pelo oscuro. La claridad enfermiza queda atrás de ese perfil que la armonía ha trazado en ella para que alguien como ese hombre la mire con devoción.

Sheila pronuncia algo que el hombre niega. Son palabras innecesarias. Palabras sobre horarios, trabajo, próximos trenes. La habitación ha sido arrasada por las sombras después de esa hora en que los parques se inundan de nieblas y las grises estatuas se sumergen en la nada.

Uno de los pulgares de Michael se moja de la saliva de ella. Parece más necesitada que él, puesto que se ha abierto la blusa sin que su nuevo amigo se lo pidiera. *Amigo. Amante. Desconocido.* No importan las palabras ahora. No van a importar cada vez que se encuentren en esta habitación. Ese es el propósito de Michael; no saber nada de Sheila, ni siquiera su nombre, y ella ha de hacer lo mismo.

La claridad regresa nuevamente a ellos. El hombre sabe cómo tiene que liberar el placer de Sheila. Hay un intervalo de tiempo, del que no se percatan cuando los dos se aproximan, sedientos.

Sheila consiente que ese hombre la estreche entre sus firmes brazos. Porque ella escucha su propio gemido, leve y sin vida. Porque Michael está besando sus senos, respirando en ellos, dejando que su aliento prenda en la piel de una mujer que, por su silencio, exige más, mayor profundidad, dejarse penetrar cuanto antes para mirarlo a los ojos, para acertar con ese pensamiento salvaje que la ha movido a acompañarlo a aquella habitación.

No existe la culpa allí.

Sheila no tiene la sensación de serle infiel a Richard. No, no es nada de eso. En aquella habitación, es otra mujer, otra carne, otra memoria, otra manera de mirar el cuerpo de un hombre que, lejos de someterla, desea excitarla para que pueda respirar más allá de la vida que tiene afuera, una vida similar a la que Michael tiene junto a su compañera Jacqueline.

Porque ese hombre busca en la joven un cuerpo al que rendirse, no de forma accidental, sino con la intención de que el placer no sea solo una sensación física, sino también una manera de arriesgar contra todo y contra todos; contra Jacqueline, contra sí mismo, contra esa luz que vuelve a quedarse atrás mientras su pulgar, lejos de la boca de Sheila, sube y baja por el clítoris de la joven que sigue de pie, con su espalda apoyada en la pared, demostrándose a sí misma que algo así, tan fugaz y al mismo tiempo tan verdadero, no puede ser ni injusto, ni perverso.

Todo lo contrario.

Es hermoso, tan hermoso como contemplar las aguas del Támesis, como imaginar su fondo silencioso y nocturno.

4

Otro miércoles quedan en el mismo apartamento. Michael ya está esperándola en el interior de la habitación. Medita un asunto sin importancia.

Jacqueline cree que está preparando una ponencia en el despacho de la universidad; cree que allí trabaja mejor que en casa. Tiene acceso a mucha más bibliografía y puede consultar toda clase de manuales. Es la excusa perfecta para que Michael pueda esfumarse.

Londres se sume en una neblina gris que mancilla las fachadas y borra los

cuerpos que avanzan por las aceras, presurosos, embaucados por las tareas y deberes profesionales y familiares.

Michael no teme que ese mundo sea tan preciso y conformista. No lo teme porque ha encontrado una joven con la que poder escapar de la rutina.

Cuando Sheila abre la puerta, contempla la quietud de ese cuerpo hermoso, el cuerpo de un hombre que mira por la ventana, que adivina sombras y el apagado esplendor de unas ramas que se doblan cerca de Tavistock Square. La naturaleza siempre es agradecida con quien mira con nostalgia o con la ansiedad de una espera que parece hacerse eterna.

Ella lleva el pelo suelto.

Se ha pintado los labios, algo inusual en Sheila.

Su piel se eriza al ver el torso desnudo de quien ahora se gira para sonreírle, consciente de que hoy volverán a vivir otras vidas, dentro de otros cuerpos que se excitan con tan solo mirarse.

Se abrazan enseguida y Michael puede notar cómo el corazón de ella martillea en su pecho al mismo tiempo que exhala un breve jadeo cuando Sheila deja que él humedezca su mandíbula, lamiendo muy despacio por el borde de sus labios.

Nadie ha hecho algo así con ella antes, algo tan instintivo, tan espontáneo, conteniendo el pulso del adiestramiento, forzando a que ella se convierta en un objeto deseable cuando nota la erección de ese hombre en su abdomen.

El tiempo afuera y ahí dentro se detiene, y las manos de Michael sobre los desnudos hombros de ella la empujan contra el suelo. De rodillas, puede comprobar que ahora es ese hombre quien la tienta con su erección delante de su boca.

Ella lo asume con gratitud, al tiempo que la luz de la tarde regresa al interior de esa habitación sin muebles y traspasa sus figuras, como si ninguno

de los dos amantes perteneciese al mundo terrenal.

Mientras Michael entierra su erección en la boca de Sheila, el hombre no deja emitir breves gemidos, expresión de una satisfacción que a la joven anima a seguir, cuando su lengua busca el glande para estrecharlo con sus labios, sin desesperación ni impaciencia, evitando que eyacule todavía, aspirando levemente el aire y así poder salivar mejor dentro de su boca.

Con determinación, Michael le agarra el pelo y sus manos la guían y entonces, sin otra elección posible, ella queda atrapada en ese placer inédito de sumisión y poder.

Con pudor, acaricia los tersos abdominales de aquel cuerpo, aún desconocido para ella, lejano, porque apenas lo conoce interiormente.

Pero ese cuerpo está allí para ella, para que disfrute de esa erección que invade su boca y le provoca alguna arcada cuando el hombre trata de empujar hasta el fondo de su garganta.

Michael suelta un gemido largo y distendido, y entonces la joven presiente su orgasmo y, en vez de apartarse, quiere que eyacule dentro para que aquel hombre se percate de la liberación de ella, de su marginalidad, de su entrega total a Michael, de esa sumisión que solo ella consiente.

Ella quiere que ese hombre la descubra realmente, quiere que sepa que puede llegar a ser una mujer nada convencional, capaz de abrumarlo con maniobras que, con Richard, jamás habría intentado.

Descarga abundantemente en la boca de ella, que tose varias veces, pero, antes de que acabe, la agarra de nuevo por los hombros y la levanta. Las manos de Michael se deshacen con brusquedad de las delicadas cintas de una ropa interior nada seductora, sino más bien sencilla y pulcra, acorde con esa imagen discreta de mujer que confía su sensibilidad e inteligencia a la cortesía y la templanza.

El hombre la aprieta contra sí y, en una sola acción, le quita también la falda y luego, sin mirarla siquiera a los ojos, solo a sus pechos, la obliga a girar y a que las manos de ella se apoyen en aquella pared blanca y sosa. Y ella, intuyendo el deseo desaforado de su amante, se abre de piernas, exhibiendo su trasero.

Las sombras trepan por la misma pared donde residen ambos. Una fina llovizna reduce la luminosidad de los últimos rayos y el rumor sordo de las conversaciones de algunas terrazas queda sepultado por el silencio de ese apartamento cerrado a ese mundo al que odian regresar cada vez que follan juntos.

Esa sensación de abandono de toda suerte de responsabilidad, cuando Michael la penetra, obliga que ella cierre los ojos, como si quisiera dejarse embriagar por una atmósfera más pura, ajena a cualquier otra que haya conocido, donde ya nada es predecible, donde ningún hombre ha sido capaz de hacer que despierte a esa nueva luz que la arrasa desde el interior de su vientre hacia el aire que espira desacompasada.

El pene de Michael entra en ella cuando, con sus dedos, aparta la tela de sus bragas, y puede comprobar la humedad caliente de una vagina que ahora recibe mucho más calor, la fricción absoluta de otro cuerpo que tiembla detrás de ella, que reduce con sus rudas manos una cintura, aparentemente endeble.

Y esa sensación de vulnerabilidad, unida a la devoción a esa imagen de la

joven en la librería, atenta a la lectura, es lo que lleva a Michael a ese desenlace.

Empieza a moverse cada vez más rápido y Sheila no puede evitar el primer grito de un dolor contenido, lisiado, que luego muda en un jadeo generoso que reclama que siga penetrándola con más fuerza, reteniendo inútilmente el orgasmo que no tarda en llegar.

No es capaz de escuchar las palabras obscenas que Michael espeta con cada embestida mientras el vientre de ella se agita trémulo, cada vez con mayor número de convulsiones.

El sabor amargo del semen en la boca de ella y esa impetuosa fuerza que ahora la invade le obligan a tomar conciencia de que ha obrado mal con Richard, pero, en el fondo, sabe también que es demasiado tarde, porque deseaba ese nuevo encuentro con Michael.

Deseaba romper las reglas, desafiar su propio concepto de la fidelidad para poder respirar en un mundo que ha empezado a parecerle demasiado monótono y corriente desde el mismo momento en que Richard le ha pedido

matrimonio.

5

“Los años no significan nada después de todo. A veces, pienso que nunca sucedió. Pero no puedo olvidarlo. No puedo olvidarte, ni creo que deba hacerlo. No sé todavía por qué escribo estas líneas.

La vida no ha sido nunca como yo la imaginaba. Aquel otoño hizo que yo fuese otra persona. Y no es que lo eche de menos exactamente, sino que me duele saber que no volverá a suceder. Que nada podrá hacer que yo vuelva a esa habitación contigo. Los años no significan nada, pero los días pasan y queman las cosas. Los sentimientos mudan. Todo se hace más nostálgico y deprimente. Siento que haya sido así. De alguna forma, tú eres el mayor responsable, no el culpable.

No iba a conformarme con retirarme. El tiempo fue real. Era real allí. Y tuvimos que dejarlo, aunque no estaba preparada para aceptarlo. No sé si fue la mejor decisión, pero fue otra vida a partir de nuestros encuentros.

Por entonces, me convencí ya de que tu ausencia podría herirme mucho más que el fracaso de ese deseo al que nos habíamos conducido sin una motivación concreta. En realidad, ninguno de nosotros quería saber nada del otro. Era el sexo, a través de la provocación, a lo que nos debíamos, como dos animales en celo.

No había nada más allá de aquello, pero era verdaderamente todo lo que necesitábamos. Porque era sincero; el sexo que manteníamos era sincero.

No había necesidad de ningún lenguaje, de saber quiénes éramos en realidad y a qué sueños aspirábamos. No queríamos que la realidad se impusiera en aquella relación. Solo queríamos escrutarnos desde el silencio, al asilo de la excitación que me producía tenerte entre mis piernas, mirarte a los ojos, confusa, pero entregada, mientras te inclinabas con una falsa docilidad, pues enseguida mi vientre te recibía con el estremecimiento de quien reconoce que ese placer no puede ser reemplazado por otro hombre.

Por entonces, salía con Richard, un carácter abnegado, un hombre coherente y sereno, con un éxito profesional prematuro, pero lejos de parecerse a ti, a tu insistencia en penetrarme y en besarme dentro de mi boca, sin buscar la medida ni la contención, como si quisieras respirar a través de mí.

Y yo buscaba tus ojos para que mirases dentro de mi cuerpo, para que no me dejases sola con él el resto de mi vida. Pero lo hiciste. Me dejaste o lo dejamos. No sé cómo definirlo en este momento donde me abrumba el hecho de que no suceda nada relevante a mi alrededor.

Me aburro. Y esa es la peor forma de morir en vida.

Mis hijos están bien atendidos. Y Richard se ha convertido en un hombre obscenamente atento y detallista conmigo. Parece que los años no han erosionado su afecto y preocupación sobre mí.

Y, sin embargo, tú...

No querías que aquello fuese un fracaso más. No te culpo. Considerabas que tener sexo conmigo era una alteración del orden, una traición a Richard, un dolor acumulado que terminaría por herirnos de verdad, de maltratarnos cuando quisiéramos saber algo más el uno del otro.

Al eyacular dentro de mí, yo recobraba el sentido de la realidad, de otra realidad que nadie me había mostrado.

Me había dejado llevar por la intuición de un extraño, de un cuerpo que no aparentaba la edad que tenía, lleno de vigor, convencido de perderse en mí, de profundizar en mi ligereza, en mi espontaneidad, en mi descaro, también en la timidez y en la prudencia que desprendía cuando tus argumentos se imponían a los míos.

Algo de eso te embargó a ti al entrar en aquella librería, al acercarte a la novela de Sylvia Plath, no como un hombre intrépido o desesperado, sino

como un hombre que había visto en mí lo que no habían visto otros, ni siquiera Richard.

Te había embargado mi desconocimiento de las cosas, mi virginidad hacia los sentimientos de locura y desquiciamiento que la escritora Sylvia Plath había expresado en su novela, con la intención de manifestar que la soledad puede compartirse, que la soledad era adictiva.

La nuestra lo era.

Y eso nos hizo tan determinantes a la hora de desnudarnos nada más cruzar el umbral de aquella habitación, de derrotarnos en el suelo, de ponerme sobre ti y dejarme usurpar por esa mirada, que a diferencia de la mía, había advertido mi fragilidad.

Mi fragilidad consistía en que me había dejado sorprender por la sabiduría de un hombre que se había fijado en mí, justamente en mí; una mirada que no se había alimentado, sin embargo, antes de otra mirada como la mía, desprotegida, deseosa de un cuerpo como el tuyo, dispuesta a mirar a otro lado, allí, donde la luz podía dejar que la habitase. No te reconozco.

Ya no te reconozco cuando cierro los ojos. No reconozco tu rostro. Debería volver a verte.

Podríamos coincidir alguna vez, después de estos años, en aquella librería de Regent's Street, dejar que la luz hiciese el resto, que me desvistiese allí, delante de ti; tú, que esperabas a que te entregasen el libro de poemas de William Blake. Pero eso no va a suceder.

No quieres que suceda, ¿verdad? La vida, mi vida, y supongo que la tuya se alimentan de esta infelicidad que emana de lo que escribo a media tarde, cada miércoles, como si pudiese sorber de tus ojos la sinceridad de quien busca en mí, no un nombre, no una vida, sino solamente el cuerpo, la carne, el instinto que lo aleja del mundo.

Pero esta escritura no es suficiente. Esta escritura que se perderá conmigo. Que morirá conmigo”.

Sheila

6

Quedan a tomar café en el mismo lugar después de una semana. Se sientan en la misma mesa, apartados con intención, buscando la intimidad de algo que temen descubrir el uno del otro.

La calle principal vuelve a vaciarse. Una camarera los observa con cierta ensoñación, como si la pareja recrease una típica escena de primer enamoramiento. Suena una música de blues, una canción de Van Morrison que Michael reconoce enseguida.

Tanto uno como otro son reacios a intercambiar opiniones sobre ellos mismos. Se miran otra vez con el recelo de la tentación antes de comenzar a hablar sobre Sylvia Plath y la poesía de Anne Sexton. Porque no quieren hablar de sus vidas.

Ni siquiera saben sus nombres. Los nombres pueden corromper esos momentos de sexo furtivo, esa capacidad que tienen ahora para huir durante unas horas y aislarse de sus vidas ordinarias.

Es de locos, pensará alguien, pero es mejor así. El hecho de que ella se llame Sheila y el hecho de que él se llame Michael no importan en modo alguno. Esa ocultación hace más apasionado ese contacto físico en el que los dos tienen siempre la sensación de evaporarse como en una exhalación, fundirse con la indeleble claridad que cruza el umbral de esa habitación de Bloomsbury, donde sobreviven como amantes.

No necesitan nada más para intimar, para ser conscientes de que es real todo lo que está sucediendo entre ellos: sexo, café, quedarse desnudos en silencio durante un tiempo indeterminado, mirándose o girando la cabeza hacia la ventana, esperando que la luz de Londres se extinga en un declive constante.

No piden nada más.

Son felices así, si es que a algo así se puede calificar de *acontecimiento feliz*, pues necesitan entrar en esa habitación de un apartamento de Bloomsbury, refugiarse el uno en el otro, follar, callar sus vidas para que nada rompa ese equilibrio que han conseguido entre deseo e ignorancia.

El círculo se estrecha.

No hay miedo entre los dos. Comienzan a comprender que el reto es más que suficiente para sentir que ninguno de los dos está perdido, que allí dentro, sobre ese colchón, pueden ser libres.

No piden nada más. No necesitan nada más.

Pagan y se marchan. Otra canción de Van Morrison muere al fondo de la cafetería. Las calles siguen vacías. La escasa luz regresa a los labios de Sheila. Ahora son más irresistibles a los ojos de Michael.

Caen hojas sobre el césped amarillo de Gordon Square. La realidad escapará de ellos una vez que entren en ese apartamento.

Acaban de hacerlo después de veinte minutos paseando el uno al lado del otro, sin decirse nada, pero presintiendo que ese silencio es más revelador que cualquier historia de amor o de derrota que hayan leído alguna vez.

Michael abre una puerta.

La luz de los últimos rayos se funde con la incipiente oscuridad. Cruzan un vestíbulo. Ella parece más nerviosa que otras veces. Se le nota cuando se muerde el labio, al anticipar en su cabeza las horas de placer que le esperan, un placer mórbido, libre, libre porque, a los ojos de otros, algo así debía estar prohibido.

Se besan apasionadamente antes de vencerse sobre el colchón.

Las manos que la poseen ahora resisten la fuerza con la que Sheila también empuja para que el sexo de él la penetre hasta el fondo con una dureza inédita, con esa sensación de vértigo que, en ocasiones, advierte que, si duele, es que Michael lo está haciendo bien.

Puede escucharlo. El jadeo intermitente de ese hombre, cuyo nombre aún no conoce, la apremia, la empuja a que sus pechos se inflamen en un arrobó que va más allá de la excitación, como si sintiese que ahora es verdaderamente una mujer completa.

El aire escasea para los dos en ese breve espacio. Afuera la claridad declina en los parques y, en cualquier momento, los cuerpos se fundirán con la leve oscuridad que emana de los parques.

Ella no puede tragar saliva siquiera. Las embestidas son cada vez más

contundentes. Parece que el hombre quiere demostrarle, en un afán de notorio protagonismo, lo que es capaz de hacer con su virilidad, así que ella lo desafía arqueando un poco más la espalda, abriendo las piernas lo suficiente para dibujar un triángulo perfecto, un reclamo lascivo que él interpreta como una provocación; otra más.

Ese exhibicionismo hace que Michael progrese en su decisión de adentrarse más en ella, de abandonar las manos de su cintura para poner la palma de una de ellas sobre la espalda de la joven y otra sobre uno de sus hombros. De esta forma puede, emplearse con un mayor vigor.

El temblor de la joven recorre todo su cuerpo; es un temblor provocado por esa sincera libertad que Sheila ejerce para que quien empuja sobre su espalda y respira sobre su nuca presienta que su presa está completamente perdida.

El placer ha de penetrar profundamente en la oscuridad de sus cuerpos. Ha de ser de un nuevo renacer al que ninguno de los dos jamás ha asistido.

Sheila presiente que es otra mujer, que quien la está penetrando, en un

continuo arranque de arrojo y coraje, ha hecho que su cuerpo vibre de otra forma, mejor dicho, sea otra forma que prende desde su propio interior.

No sabe si podrá retener por mucho más tiempo el orgasmo. No sabe si se desmoronará sobre el suelo una vez que su sexo comience a palpitar con un arrojo desmedido. A punto de eyacular, Michael tira de su pelo, abandonando el tacto caliente de los hombros de ella.

Están ausentes del mundo.

Es verdad, de nada sirven los nombres, ni el pasado, ni la incertidumbre del futuro. El sexo los hace más auténticos. Tiene razón ese hombre, Michael, que ahora se folla a esa joven contra la pared, mientras la respiración entrecortada que comparten deja claro que los dos han acertado al encontrarse, y al decidir que tenían que disfrutar de sus cuerpos, de la forma de sus cuerpos.

Jamás lo hubiese imaginado ella; que todo fuese así de fugaz, que no hubiese ninguna clase de obstáculo entre su cuerpo y el de ese desconocido que ahora eyacula dentro de ella.

Sheila desfallece por unos instantes cuando sus piernas pierden la noción de la gravedad. La fuerza de ese hombre la ha devastado, elevándola por encima del suelo, dejándola a merced de un espacio y un tiempo que nada tienen que ver con ese otro que reduce su cuerpo a algo insignificante cuando la besa su novio Richard.

El semen resbala por sus mulos y Michael insiste en seguir penetrándola, en confiar en que los gemidos de ella sean la confirmación de que ha estado a la altura, de que podrá aprovecharse de la joven un poco más, de que quizá sus manos, que ahora aprietan sus turgentes pechos, no habrán de rendirse a esa posesión en la que la fragilidad de Sheila se ha tornado en una sensación mucho más poderosa y terrenal.

Está viva, realmente viva, allí, con ese desconocido, con quien toma café y habla sobre la obra de Sylvia Plath antes de entrar a ese apartamento de Bloomsbury.

Cuando los dos se abandonan sobre el colchón, no se miran. Respiran el aire viciado de esa habitación escueta, sin muebles, con las desgastadas

cortinas que apenas cubren el amplio ventanal donde las nubes se detienen y una ligera brisa ácida libera a los pájaros.

Vuelve la niebla a enterrar las estatuas, al igual que las sombras de la noche entierran a esta pareja que no se pregunta nada por temor a que el deseo se extinga. Solamente Sheila tiene la seguridad de que volverá allí con él, otra tarde, a aprender mucho más, a probar la sed que emana del torso de Michael, firme, musculoso, lleno de energía, ajeno a la languidez del cuerpo de Richard, su prometido, ese hombre que habrá de hacerla feliz el resto de su vida una vez que contraigan matrimonio.

Pero, ahora que ha descubierto a este otro ser que yace a su lado, completamente desnudo, con una erección todavía más que visible, reconoce que ha cometido un error, pero ese error es irreparable. Porque... ¿Qué habrá después de otra tarde de sexo?

Nada más que la normalidad al lado de Richard y la normalidad no es ser feliz, es sencillamente acostumbrarse a ser feliz. Y quizá, ese hombre que ahora la mira con devoción piense lo mismo; que una vez que salga de esa habitación habrá de acostumbrarse a ser feliz con Jacqueline.

Tendrá que interpretar el mejor papel de su vida. Follar con ella no es follar con esa joven de la librería, la que acaba de besarlo en la frente con una ternura exquisita y quien ahora se gira para mirar por la ventana; luces artificiales, la neblina fluyendo sobre la nada, las cúpulas doradas de Regent's Street, la Torre de Londres, desafiante en medio de un azul que se apaga irremediabilmente.

El polvo quema sobre sus cuerpos. Sheila tiene frío y él la abraza, y siguen sin decirse nada. Pasa un rato y, después, otro.

Cuando sus ojos se encuentran accidentalmente, ella pronuncia una frase que no acaba, porque Michael coloca el índice sobre sus labios, advirtiéndole de que las palabras pueden quebrar ese vínculo que los ha hecho renacer en otro mundo; un mundo leve y nutrido de la tentación que alimenta la belleza física de los dos, la madurez de un sexo que puede ocultar las heridas del pasado de ambos.

Y también las heridas de un futuro.

7

“No he vuelto a aquel apartamento de Bloomsbury. No puedo volver. ¿De qué serviría? Algunas noches, he sentido tus pasos en mi casa y he imaginado que sigues ahí, esperándome en nuestro improvisado dormitorio.

Tu cuerpo se quebraba sobre mis dedos una vez que entraban dentro de ti, tentando a ese placer que, oculto y discreto, me reclamaba.

Mis dedos tan húmedos a causa de ti rezumaban y era todo luz en aquella habitación, querida; una claridad invisible nos prolongaba en el vacío que

habíamos heredado el uno del otro.

La ciudad no existía. No debía existir para nosotros, porque la ciudad era lo ajeno, lo que no era propio del cuerpo, de ese cuerpo, el tuyo, que se agitaba cuando más profundos mis dedos buscaban ese otro espacio, un asilo donde luego habría de penetrar con mi pene.

Nuestra percepción de las cosas era allí tan diferente que no merecía la pena abandonar, residir nuevamente fuera de nosotros. Tus ojos permanecían cerrados a causa de la intensidad de un gemido que se proyectaba en lo invisible, que atenazaba mi boca, evitando besarla, porque querías que yo lo hiciese, en primer lugar, con un mordisco leve, con un mordisco que expresase la fragilidad de un tiempo que no sabíamos cuánto habría de durar.

Besabas mi torso con un ritmo pausado, como si esperases una reacción que te excitase, que te permitiera recuperar el aliento, forjar la conducta que realmente era inherente a ti; tu ansia por luchar contra mi boca, por sorber la luz de mis ojos con tu mirada, levemente herida por una oscuridad que reflejaba a una mujer sola y derrotada, pese a tu juventud.

Querías que la vida fuese otra cosa, que yo hubiese aparecido antes en aquella librería. Sé que, en el fondo, no me perdonabas eso, que hubiese llegado tarde a ti.

Y yo también estaba arrepentido por esa determinación del destino. Pero, ¿qué era el destino, en definitiva? El azar. Era el puro azar. Nunca he creído en algo así. Quien crea en el azar o en el destino es un ser que no ha conocido el abandono.

Buscaba un libro de poemas de William Blake y pasé por allí a recoger el encargo, y tu figura yacía en ese espacio, como heredera de un reflejo, como si, en verdad, no fueses real, sino un perfil intangible.

Y quise acercarme y esperarte a que te giraras, y a que unas palabras tuyas bastaran para tenerte más cerca, para escuchar de tus labios que aquella escritora llamada Sylvia Plath estaba interesándote cada vez más, sin saber exactamente por qué, querida.

Algunos de tus profesores de Literatura insistían en su lectura, pero, en breve, llegarían los exámenes finales y no tendrías el tiempo suficiente para

investigar un alma como era el alma de esa escritora. Y yo no dije nada en aquel momento.

Sencillamente, miraba la curva de tus labios, ligeros, tenues, arriesgados para exhibirse de la forma en que lo hacían, a contraluz, lejos de la lividez, próximos a la encarnación de un deleite que yo buscaba, desde hacía años, en una mujer.

Y esperaste a que yo contestara mientras la luz se desvanecía y volvía a oscurecer tus rasgos, y, entonces, aumentó mi interés hacia ti. Tu figura y tu perfil eran la hechura de una intriga, de un cuerpo casi inmaterial que habría de explorar.

¿Por qué lo hiciste? Me lo pregunto muchas veces cuando cojo de la mano a Jacqueline y cruzamos el parque para acudir a la filmoteca. No tenemos hijos todavía. Lo hemos hablado y, por ahora, ella está de acuerdo en que la maternidad pondría en peligro sus progresos profesionales.

Preferimos esperar.

¿Por qué lo hiciste?

No estoy siendo sincero con ella. No es solo el miedo a que Jacqueline detenga sus cursos de formación y retrase sus nuevas publicaciones.

Es el temor a ti, a que un hijo pueda delatarme, pueda delatar mi fracaso con Jacqueline, la resignación de mi vida acomodada y fácil.

Sí, un hijo podría delatar la miseria en la que he convertido mi existencia al lado de una mujer que cree que la amo con respeto. Pero no es así.

Cuando cojo de la mano a Jacqueline, quiero coger la tuya, asir la claridad que la envuelve, tu transparencia inerme, la fragilidad que ansía la protección, mi protección.

¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué estabas en aquella librería leyendo a Sylvia Plath? ¿Por qué me dejaste que mirara lo que tu cuerpo desprendía como un reflejo que nutría de vida la luz allí dentro?

Cuando cojo la mano de Jacqueline, no soy yo, eres tú quien me reclama y me desviste sin temor a las consecuencias, aunque fuesen las consecuencias las que no descartaron de aquella habitación donde, una vez por semana, teníamos sexo.

Esperábamos que los límites fuesen otros, menos rígidos, un mundo más compasivo con dos seres humanos que no sabían todavía qué poder hacer con la soledad al cabo de los años”.

Michael

8

Cree que el azar no existe desde que tenía uso de razón. Una infancia sin recuerdos por varios motivos a las afueras de Plymouth. Michael cree en la racionalidad desde la adolescencia, cuando su padre abandonó a su madre, quien luego llenó la casa con varios hombres, sin otro fin que buscar dinero desesperadamente para alimentar a su pequeño Mike, para no perder unas fincas familiares y para poder pagar el alquiler.

Es un hombre que no cree en el azar, porque la mala suerte fue una

constante hasta la muerte de su madre hace unos años. Y la mala suerte solo añade realismo a las cosas, desmorona cualquier creencia en el optimismo.

Las facturas, la soledad, el alcohol, el mal de Alzheimer formaron parte de la trama de la vida de una mujer que falleció en una residencia cuando a Michael le fue imposible seguir cuidando de ella a causa de su trabajo y sus conferencias en el extranjero.

Esas experiencias tan traumáticas lo han hecho un hombre pragmático. El sentimentalismo ha quedado en un segundo plano y todo aquello que tenga que ver con el destino.

Pero una cosa es que Michael no crea en el azar y otra cosa bien distinta es que quizá exista, al margen de lo que piense. Ahora que ha entrado en esa boutique de Oxford Street a por un deshabillé para Jacqueline (regalo de cumpleaños), no se percató de que Sheila lo ha seguido hasta allí desde Picadilly nada más bajas del autobús. Lo reconoció en un paso de cebra.

Los dos se ruborizan como dos quinceañeros. ¿Cómo es posible que, en una ciudad tan grande como esa, coincidan dos personas en un mismo espacio

en tan poco tiempo y a la misma hora?

A Sheila le tiembla la voz cuando busca una excusa fácil y provocativa: como que ha entrado a comprar unas braguitas de encaje. Porque su próxima cita del miércoles merece algo especial y exclusivo, a lo que él no responde nada, porque reconoce, en el tono quebradizo de sus palabras, la necesidad de dejarse nuevamente arrastrar por él.

“No puedes librarte, ¿verdad?”, declara Michael, que entorna los párpados hacia la claridad que proviene del exterior, una claridad que alumbraba las fachadas y se ahoga en los reflejos de los ventanales velados de algunas oficinas.

“No quiero librarme. No quiero librarme de ti”, responde Sheila, curvando sus labios, mojando su superficie levemente con la punta de su lengua en un gesto desafiante, aunque amparado en esa aura de inocencia en la que ella parece haberse entrenado con insistencia después de esos encuentros.

“Me mataría ser amable contigo ahora”, susurra él, cogiéndola de la muñeca después de que la dependienta se excuse por un momento. Acaba de

sonar un teléfono al fondo, en el interior de un improvisado despacho.

Observan que se aleja y Sheila lo reclama con una sonrisa que quiebra la armonía de sus rasgos: “Anoche me masturbé pensando en ti”.

Carteles de modelos femeninos con lencería oscura y deportiva cuelgan de las paredes, espejos flotantes y una música ambiental suave lo incitan a que Sheila siga a Michael hasta uno de los probadores.

“Creo que has venido a buscarme hasta aquí”, le dice con autoridad, sin fijarse en los ávidos ojos de ella, ávidos de romper con cualquier tabú. Con Richard no habría hecho una cosa así en la vida. Pero cree que debe evolucionar, mostrar a Michael que es capaz de hacer algo salvaje, impredecible, en cualquier lugar y en cualquier momento.

Abre la cortina y ella lo empuja, y el hombre, que quiere controlar la situación, descubre en ella a esa otra mujer, un interés inédito en Sheila cuando le demuestra que puede competir con él en atrevimiento y en morbosidad, así que ella le muerde el cuello sin detenerse apenas en sus labios.

Entonces, la música desaparece de los oídos de los dos y no se escucha a nadie afuera; es esa precisión del momento, esa extrañeza de la ausencia de clientes al otro lado de la cortina, la que hace tan propiciatoria esa frase que él no se esperaba escuchar de los labios de ella.

“Te quiero dentro de mí. Y dentro de mi boca”.

Y los músculos de ambos se tensan y la chaqueta del hombre cae al suelo y, mientras Sheila, con una torpeza, casi ensayada, se quita la blusa, los dedos de Michael entran en ella con la brusquedad suficiente para que la joven presienta que, en ese instante, todo lo que existe ha dejado de hacerlo.

Todos sus sentidos se concentran en ese placer que Sheila le ha reclamado desde que lo encontrara en la boutique.

Esquiva la boca de ella que ahora se quiebra en una mueca de placer, según los dedos la penetran y sus piernas temblorosas buscan un asidero mucho más profundo, al suplicarle con sus ojos que siga con esa maniobra, que no cese de empujar hacia dentro, de provocarla todo lo que pueda.

Su pecho inflamado por encima de su sujetador queda a merced de la boca de él que cubre la piel, su tersura templada, tenue, dejando que su aliento húmedo prenda ahí justamente, sobre esa ligera superficie, pero que la estremece.

Como si un haz de luz atravesase la oscuridad de unas aguas donde Sheila permanece suspendida, a la espera de que Michael retorne a la boca de ella y sus lenguas compitan con voracidad por ver quien está más entregado.

La excitación cruza por delante de sus ojos cuando Michael se aleja unos pasos y sus dedos la abandonan para desabrocharse el pantalón, y advertir que la boca de ella, más sedienta que al principio, le repruebe que sus dedos hayan dejado de sostenerla en esa ingravidez; una ingravidez donde el placer único se mezclaba con la osadía, con un pulso en el que Sheila descubre que ahora puede perder.

Michael deja escapar un gemido grave cuando se aproxima al cuerpo de ella, sin ese sujetador del que se ha librado en una sola acción, mientras él escrutaba en sus ojos la desesperada necesidad de una emoción que ya no puede ocultar ni contener: la emoción de querer ser otra mujer, otro cuerpo que ella desconoce en sí misma, en el que ella indaga cuando Michael la empuja contra él e introduce la erección entre sus piernas.

Y ella, solamente ella, inicia un ritual de jadeos uniformes en los que el alivio y el temor a habitar lo inesperado son la misma conmoción, aquello que ella no puede dominar.

“Déjame chupártela”, le pide, conteniendo la respiración que acaba en un breve gemido ahogado.

“Todavía no”, espeta él, introduciendo una y otra vez su erección dentro de Sheila, quien ahora cierra los ojos con intención de ausentarse de esa realidad tan vulgar y corriente como es el espacio escueto de un probador.

Pero son ese espacio, como el del apartamento, y el hecho de hacerlo a escondidas los que permiten que ella quede atrapada en esa emoción incontenible e inexpresable. Sabe que no es amor pero eso no significa que lo que ha hecho hasta ahora con Richard lo sea.

Su vida ha sido un fraude y lo sigue siendo cuando ella ha encontrado a alguien que es capaz de echarle un polvo en un probador con una apetencia desaforada, sin importarle que alguien los descubra.

Michael la inunda mientras ella se agarra a sus hombros, y al mismo tiempo nota cómo los dedos de él comienzan además a masajear en círculo su clítoris para que ese orgasmo sea un hallazgo insólito para Sheila, un orgasmo mucho más desmedido que los que ha experimentado antes.

Hay un mundo que ella desconoce en ese hombre, dentro de ese probador; un mundo dentro de otros mundos y que no va a renunciar a explorar.

Michael le tapa la boca cuando los gemidos reverberan más allá del cubículo, cuando, a cada penetración, la congoja y el temor a ser sorprendidos añaden todavía más morbo a la escena y eso significa una sola cosa: la

excitación va en aumento, porque ella se reconoce en el espejo como un cuerpo convulso. Es un cuerpo arraigado en un deseo indescriptible, que se asoma, no al abismo, sino a los ojos de él que no dejan de mirar sus labios, de escrutarlos, de sorber su saliva cuando los besos no son meros besos, sino breves mordiscos en los que se funden los alientos.

Porque todo ese calor húmedo de las bocas queda reducido a un breve espacio que antoja todo un universo, especialmente, para Sheila, que ahora vuelve a no reconocerse en el espejo, a reafirmarse como una criatura inédita, lejos de esa joven que era hasta hace unas semanas, educada en la corrección de las formas y en una elegancia forzada.

Sus lenguas se entrelazan y el aire queda suspendido en el hueco de la boca de Sheila que aspira con avidez, como si pudiese absorber el espíritu de ese hombre sin nombre para ella, como si pudiese poseerlo de alguna manera, más allá de lo intrigante, más allá de la oscuridad que supone serle infiel a Richard dentro de un probador.

Michael empuja con fuerza mientras sus dedos siguen frotando el clítoris de ella y, con su otra mano, la obliga a elevar una de sus piernas para que su pene entre con mayor facilidad y con una contundencia que acelera el pulso de ambos.

Y él, sobre todo él, parece más irresistible, la encarnación de algo salvaje, extremadamente salvaje, ahora que Sheila mira al espejo y observa la espalda de ese hombre, un poco más arqueada, con los músculos tensos, expresión de un esfuerzo que busca en el abdomen de esa joven el placer que impide que Sheila pueda controlar su respiración.

Hay un mensaje secreto fuera y dentro de Michael que se arroja a ella, que la venera con las palpitations de un torso que roza el de Sheila, mucho más leve y liviano; un tacto frío que se eclipsa con el calor de quien ahora abandona los dedos de ese clítoris y los introduce en su propia boca.

Michael los degusta, los anega de saliva, cierra los ojos con fruición, como si supiese que aquel momento también es único e irremplazable, que nada volverá a ser igual una vez que salgan de ese probador, tal y como sucede siempre que abandonan el dormitorio de ese apartamento en Bloomsbury.

Ahora que Sheila está a punto de irse, ahora que la luz de afuera declina y el habitáculo se reduce al artificio de focos y espejos, necesita besarlo, sorber su boca, revivir esos segundos previos en los que Michael ha cubierto sus labios con una obscena mirada; busca a esa mujer que reivindica la fuerza y el

vigor a través de la fragilidad y la aparente derrota.

Es lo que más le excita de ella; que se deje vencer sobre el cuerpo de él, sobre su torso, sobre su abdomen, tras introducir sus dedos o su sexo, tras rozar su cuello con el perfil líquido de sus labios.

Las caderas de Sheila se sacuden contra las suyas. Y, en un afán irrefrenable por hacerla una presa aún más vulnerable, Michael tira de su pelo hacia atrás, dejando su garganta libre, una sedosa incitación a libar esa piel pálida, la que besa enseguida con avidez, mientras ella jadea con una fuerza precoz, antes de que el placer en esa zona recorra su cuerpo como un manantial.

A Sheila le gusta presentir el daño y el éxtasis, la presión reciente de la que es víctima. Se ahoga nuevamente en un gemido que anima a Michael a penetrarla más despacio, con intención de retrasar el orgasmo. Sus cuerpos, bañados en sudor, pertenecen a otra realidad.

Al menos, ella lo sabe, al escrutar de nuevo su cuerpo en el espejo, su agitación que traspasa lo que jamás había imaginado.

Y Michael queda a merced de lo que ella no puede pedirle, porque, cuando está a punto de eyacular dentro de su vagina, retira su pene y deja que el cuerpo de su invitada se deslice hasta el suelo, exhausta, dejando que la espalda resbale por el espejo sobre el que se ha apoyado, dejando un rastro difuso según termina de descender.

Su pelo le cubre la frente, borra el rostro de una mujer agotada, pero que añora esa última invitación a un orgasmo que él no le va a negar. De hecho, Michael se pone en cuclillas en el suelo y, con una sola acción, abre las piernas de ella suavemente.

Desliza sus dedos hasta sus labios vaginales, inflamados, enrojecidos, sumidos en ese clímax que supone la sola presencia de él, su atrevimiento, su silencio, esa mirada que logra reptar por todo su cuerpo hasta su pelo del que ha tirado con una brusquedad con la que Sheila se ha sentido huérfana de cualquier clase de decoro o corrección.

Su clítoris se estremece otra vez cuando uno de los pulgares de ese hombre, que no descarta decirle alguna frase obscena, reinicia sus

movimientos circulares.

“Te voy a matar a polvos de ahora en adelante”, susurra Michael, y Sheila, acechada por esa sentencia, no repara en sonreír.

No puede resistir por más tiempo. La inunda el deseo de culminar una promesa: vaciarse de toda angustia, de toda insatisfacción, de toda miseria.

Sus pechos se llenan de aire y su vientre, tenso todavía, se contrae varias veces, con furor, sometido al arrebató de un orgasmo que pide más contundencia todavía a través de la rigidez de sus facciones de mujer completamente entregada al placer desconocido.

No había experimentado nada igual, aunque parezca un tópico, y deja escapar un gemido grave. Nadie más que ellos dos lo va a escuchar, porque nace de su interior y muere en su interior, cuando la erección de ese hombre entra en la boca de ella, regada con su propia saliva.

La impaciencia se torna en algo que trasciende la excitación, el ansia, el ansia de poseerla más allá de la suavidad de una boca que lucha por cubrir entera ese pene.

Pero no merece la pena el esfuerzo cuando ella mira hacia arriba y comprueba la tensión en unos abdominales perfectos, en los abdominales de un hombre que echa su cabeza hacia atrás, vencido, tan exhausto como ella.

Descarga dentro de la boca de Sheila. Es tanto lo que le debe a Michael, es tanta la complacencia que le ha causado estar indefensa ante su fuerza, que no puede hacer otra cosa que degustar.

Y él inunda su boca con otras dos nuevas descargas mientras las manos de ella acarician el vientre atlético de su invitado, mientras escruta sus pectorales fornidos que se ensanchan con otras descargas que Sheila deja que humedezcan ahora sus senos, que cubran sus pezones al mismo tiempo que un breve río blanco se dibuja hasta el inicio de su pubis.

Están saciados. El tiempo ha dejado de ser irreal a su alrededor. La música ambiental regresa a los oídos de ambos, una balada animada donde los corazones rotos estarán rotos para siempre.

La luz de la tarde ya no esquiva los recovecos. Los espejos reflejan cuerpos reales, cuerpos que se visten con torpeza, antes de que regrese la dependienta.

Se lo dicen con la mirada. Ha estado genial. A Sheila le tiemblan todavía las piernas. Necesitan tomar el aire. Quieren besarse, pero escuchan unos zapatos que provienen del fondo de la boutique. La dependienta regresa de su despacho y, cuando ve el rostro azogado y bañado en sudor de los dos nada más salir del probador, intuye lo que ha pasado.

Michael no sabe qué decir en realidad. Camina deprisa. *Esa chaqueta le queda genial*, piensa ella que, mirando a la joven dependienta, se muerde el labio y es incapaz de justificar nada, así que hace lo mismo que su nuevo amigo.

Abandona la boutique. Se involucra en el ritmo frenético de la gente que

avanza por Oxford Street. Acelera el paso. No puede creer que haya sido capaz de hacer una cosa así. Michael se ha evaporado. Por primera vez, no piensa en las tareas programadas en su agenda. No hay orgullo en lo que ha experimentado, pero tampoco se siente como una furcia.

Ha quedado con Richard sobre las diez, pero ni siquiera recuerda esa cita, ahora que esquivo esa marea humana, con unas bragas húmedas, sin que nadie se fije en ella, que ha descendido hasta las aguas más oscuras para reposar junto al cuerpo de un semidiós.

9

“Estabas abatida después del tercer orgasmo. Habíamos decidido pasar la noche también allí. Puse música en mi móvil. Pero no querías escucharla. Querías que el silencio inundase la habitación.

Tu cuerpo, aún tenso, giró y me diste la espalda. Recogiste tu pelo y yo pude entrever la belleza de tu nuca, su palidez, una tersura que imaginé y probé con un beso.

Era el reflejo de la concreción, de esa armonía que, en ti, se congraciaba

con la aspereza de mis gestos, de mi manera de tratarte cuando enterraba mi erección en tu boca y tú, ávida de aquel momento que siempre buscabas, gemías, simulando un placer devastador.

Era ese rumor de ti el que provocaba que yo quisiera que siguieras jugando con tu boca, dejando que la penetrase, mientras la ciudad iba sumiéndose en un oscuro letargo de luces que la oscuridad casi sepultaba.

El otoño se esbozaba sobre Londres con la niebla y esa llovizna que aumentaba el tráfico, así que el silencio no era tal silencio, sino una afirmación de que, al otro lado de las paredes de nuestro refugio, otras vidas, seguían su curso.

Nosotros habíamos pactado escindirnos de aquel trasiego, apartarnos por unos instantes de aquella corriente para intentar desaparecer en aquel lugar. El sexo era nuestra extinción”.

Michael

10

“Sabes que no puedo olvidarte. Sabes que echo de menos aquella luz, aquella forma que tenías de extraviarme en las aguas que yo imaginaba dentro de mí.

Sabes que nada ha vuelto ser como antes. Sabes que quizá no fuese amor, pero fue algo más profundo que eso, algo que lacera, que me nutrió, que me obligó a ansiarte como no he hecho con ningún otro hombre. Me niego a que sea una historia más.

Necesito tenerte. Apiádate. No me obligues a borrar lo poco o mucho que recuerdo de aquello. No quiero vencer.

Tus manos se hundían en mi pecho. Querían que yo fuese el caudal donde ahogarnos”.

Sheila

11

“Tu mano cogía mi sexo y se lo introducía entre tus piernas, y era ese gesto de necesidad el que me hacía renegar de Jacqueline, de ver en ti a alguien que me buscaba para saciar lo que otros hombres no habían logrado.

Y entonces girabas la cabeza y la luz, la escasa luz, se adhería a ti, ligando lo que había de irreal en ti con lo que tu cuerpo denotaba: sus piernas largas y ágiles, tus senos perfectos y aquella curva en tus labios que aceraba tantas veces la claridad liviana de un Londres que te resultaba ya asfixiante.

Confíesalo. No éramos libres. Apenas lo éramos. Pero nos conformábamos con aquella marginalidad. Unos libros en una de las esquinas de aquel cuarto también delataban nuestra intención de sustituir temas de nuestra vida privada por temas literarios exclusivamente.

Era otra forma de desaparecer del mundo, ese entretenimiento con asuntos que se ceñían al estilo o a los pensamientos de un autor que, en cada página, intentaba ocultarse, como también lo hacíamos nosotros.

¿Éramos felices, en realidad? Todavía no lo sé. ¿Cómo se mide la felicidad? Era deseo. Eran ganas de satisfacerlo, de merecerlo, una puesta en común que no habíamos arrogado para vivir de verdad, para escapar.

Pero no podíamos seguir viéndonos. Era difícil mantener aquel sigilo, no contestar a tus mensajes, a tus wasaps. En cualquier momento, Jacqueline sospecharía de mi ausencia constante cada miércoles. Se me estaban acabando las excusas.

De alguna manera, pudimos comprobar que la felicidad se parecería a nuestro juego, a ese intento de extraviarnos en aquella habitación alquilada,

confiando en que ninguno de los dos pondría su seguridad en peligro, confiando en que ninguno de los dos lo dejaría todo por uno de nosotros dos.

En efecto, el hecho de ser infiel a Jacqueline te hacía más atractiva, más excitable. Obligaba a que comulgase con ese interés de ser invisibles para el resto del mundo, incluso, para nosotros.

No sabías nada de mí, salvo que conocía la literatura inglesa en profundidad. Por esa razón, hizo que tu interés por la novela de Sylvia Plath aumentase mi desasosiego, mi inspiración, la temeridad de acercarme a ti, sin otra intención, que abrigarte en mis brazos, desnuda, completamente desnuda, para penetrarte, mientras tus ojos se cerraban para contenerme; para dilatar el regazo donde habría de alojarme, donde habría de eyacular tantas veces para demostrarme a mí mismo que eras una mujer real, no una ensoñación.

Aunque fuese esa ensoñación en el interior de la librería la que me llevase a ti, a la mujer real, a adentrarme en tu cuerpo con la sinceridad de un animal que no busca otra cosa que engendrar un deseo insaciable, siempre insaciable.

Tu juventud lo recibiría con asombro, sin abandonar nunca la generosidad

de unos ojos que me miraban sin miedo, sino con el desconocimiento de quien se atreve a saber más de uno mismo.

Querías probarte, querida. Querías probarte; dejarte seducir por lo desconocido, aprender de mí, de mi desesperación por tenerte, por corromper tu imagen frente a la estantería, a contraluz, sorbiendo el aire con aquellos labios que leían las palabras de Sylvia Plath, mientras el mundo, a tu alrededor, no permanecía quieto.

En cada encuentro, vislumbraba esa certeza; obligabas a que el tiempo se detuviese, a que nada ni nadie nos arrastrase a la vulgaridad de las costumbres en aquella habitación.

Todo eso que tanto daño nos había hecho y nos estaba haciendo estaba prohibido allí, porque aquel espacio que administrábamos no pertenecía al tiempo, sino a nuestros cuerpos que sudaban al luchar entre ellos, al dejarte penetrar una y otra vez, incansable, por mí, contra el suelo, contra la pared desnuda.

Y no existía el frío, sino esa violencia consentida que emana del placer

buscado, del placer temido, el misterio que provocaba en ti que yo te besara mientras mis manos se aferraban a tu cintura y luego prendían entre tus piernas, ansiando la humedad de unos labios que se dilataban con una desesperación mayor, la de acoger mi sexo sin languidez, con contundencia.

Lo recibías mientras tu boca guiaba a la mía hacia la sed, la sed de ti, la sed que ahora evoco mientras beso a Jacqueline. Soy un hijo de puta al hacer algo así, pero no puedo disentir de esa necesidad.

Porque te evoco cuando el cuerpo de ella se deja hacer y el recuerdo del tuyo se confunde con su carne, con sus contornos, el perfil que reside como una forma indeterminada sobre la piel de Jacqueline, desdibujándolo, tramando tu propio retrato, querida.

Me doy asco a mí mismo en ese momento en que Jacqueline trata de darme placer, hundiendo sus dedos en mi pelo mientras me besa con la avidez de alguien que, en el fondo, sabe que no me tiene, pero que no me puede dejar escapar.

¿Cómo puedo llamar a eso? ¿Cómo puede callarlo? ¿Por qué no se atreve

a confesarlo? Jacqueline es una mujer inteligente y siempre destacó por su independencia, por un carácter formado y maduro, cualidades que contrastan con el tuyo, más jovial y perturbable.

Tiene miedo a perderme como yo tengo miedo a perder el recuerdo que nace cuando Jacqueline me abraza e intenta recuperarme con una entrega completa, pidiéndome que haga con ella lo que yo necesite.

Porque reconoce en mí la nostalgia de alguien que se cruzó en mi vida. Porque reconoce en mí una mentira, pero no se atreve a verbalizar esa sensación de pérdida.

Prefiere tenerme a su lado, aunque me haya perdido, aunque hayamos aceptado que quizá nunca seremos felices en nuestra convivencia, aunque no nos atrevamos a hablarlo.

Porque el silencio, cuando la penetro, revela que no soy el mismo hombre que la echaba sobre la cama de un hotel antes de conocerla; el mismo hombre que se aplicaba fervientemente en practicarle un cunnilingus antes de que mi sexo se adentrara en su boca, antes de que la desdicha no hiciese aparición

alguna.

Porque todavía no habías aparecido tú, en aquella librería, turbada por la memoria escrita de Sylvia Plath, con tu cuerpo difuso, traspasado por esa luz mortecina que te elevaba, te distanciaba del mundo real, el que nos habrá de tener presos y entumecidos para siempre”.

Michael

12

“Hoy me he masturbado pensando en ti. No era en ti exactamente, sino en un momento y en un espacio concreto, aunque la imprecisión de tu rostro hacía más tentador a tu cuerpo.

Han pasado varios años y te vas desdibujando, pero tu contorno sigue ahí, firme, con la determinación de poseerme, de entrar en mí como si nada te impidiese revivirme una y otra vez a través de ese tacto, del placer que ahora heredo, en esta cama, en un hotel, en un hotel cualquiera que, en nada se parece, a nuestra habitación, vagamente iluminada por ese haz de luz enfermiza que parecía traspasarnos.

La realidad era aquello, no esto. Es tu ausencia la que me excita, la que me permite evocarte, distraerme de un presente del que disiento, pero del que no puedo eludir mi responsabilidad.

El daño a los otros nos ha hecho cada vez más impotentes. No podemos cambiar nada, pero me masturbo imaginándote, rodeándote con mis brazos, como si, en realidad, no te rodease a ti, sino a esa luz efímera y bastarda, que cruzaba la sombra, que nos barría, que diseminaba las sombras, que nos elevaba.

Me masturbo imaginándote, clavando mis uñas en tu espalda, firme, musculosa, adherida a esa cortina de claridad en la que respirabas con la serenidad de quien se siente embriagado por las consecuencias de un milagro. Y ese milagro era yo. Respirabas con la serenidad de quien sabe que toda aquella felicidad acabaría por extinguirse. O por destruirnos.

Ahora no me cabe duda. Al final, no ha sucedido ni lo uno, ni lo otro.

Presiento que regresas a mí cuando, a solas, en mi habitación de matrimonio, juego a buscarte.

Cierro los ojos y mis dedos entran en mí. La ciudad se sumerge en la somnolencia de otra tarde de otoño, sin energía, aciaga, repetida y repetible, denostada por estos ojos, los míos, que te reciben en la oscuridad, sin tiempo, sin un espacio concreto, salvo aquella habitación, despojada de todo lo podría hacerla fácilmente identificable: una mesa, unas litografías colgadas de la pared, una música, el olor a ambientador, el aparador de libros, un diván forrado de terciopelo.

No queríamos nada de eso.

Queríamos que la habitación estuviese libre de los objetos que pueden comprometerla con una realidad determinada, con la preferencia de unos colores, con una motivación.

Cierro los ojos. A veces escucho los pasos de Richard en el vestíbulo.

Lee el periódico o ve programas de Economía mientras yo me masturbo imaginándote, replegándome en el silencio, conformándome con tu ausencia, con tu rostro desdibujado, con la plenitud de un placer al que tu cuerpo me obliga, aunque no pueda alcanzar.

Y a mí me basta por hoy, para seguir respirando, para bajar las escaleras y pedir a los niños que se duchen, para saludar a Richard y preguntarle qué tal su trabajo en la oficina; para mirar por la ventana y dejar que la luz, esta luz, no aquella, de la habitación sin tiempo, avive la realidad que existe más allá de estos muros: jardines artificiales, columpios, fachadas blancas, arriates de flores azules, (azucenas, creo que se llaman) el movimiento de un cuerpo que sale de un coche y abre una puerta, frente a la mía, y desaparece.

Es tu ausencia, lo que pervierte mi mundo, mi vida al lado de Richard, pero que la hace más auténtica, más digerible. Odio admitir todo esto. Necesito respirar, sabiendo que quizá ya no vuelva a verte”.

Sheila

13

“Me ha mirado con la intención de saberlo. Ha sido después de que habláramos sobre la última película que rodó Bertolucci. A diferencia de otras ocasiones, la tensión del debate ha ido *in crescendo*. No era la Jacqueline de otras veces. Sospecha que, después de estos años, guardo algo que no le he revelado.

Quiere conocerme. Quiere conocerme de verdad. Sospecha que tiene delante a un hombre incompleto, receloso, irascible en ocasiones, con pruebas claras de su insatisfacción hacia esta vida cómoda, incapaz de adaptarse a esta vida de clase media, donde el trabajo y la relación de pareja no son más que los símbolos de un derrumbe personal entre los dos, otro fracaso más.

No puedo culparla. No he sido un maestro en la sutilidad cuando he querido manipular a alguien. Y es cierto que su cuerpo no me excita, y es cierto que evito sus ojos, porque hay otro impulso, otra necesidad, otra búsqueda. Pero ya no puedo encontrarte y, aunque volviésemos a aquella habitación, ¿de qué serviría?

No podríamos hacer otra cosa que desnudarnos, aproximarnos el uno al otro, besarnos con la avidez de quien ha esperado en otra persona mucho más de lo que recibe. Y luego está la luz que finge nuestra pureza, que arrasa el espacio, que nos sumerge en la lentitud de otro tiempo en el que es inútil resistir, pues parece que seamos eternos, que no haya otra salida que permanecer allí, juntos, equivocados, residiendo en la soledad a la que dos cuerpos se comprometen cuando dejan de mirarse después del sexo.

Porque estábamos exhaustos, porque queríamos dormir y que el sueño nos condujese a otro sueño. Porque queríamos quedarnos atrapados allí, sin posibilidad de resurgir en esta vida, sin posibilidad de volver a luchar contra el lenguaje que ordena, que exclama, que dice.

El silencio debía ser lo que nos comprometiese a seguir viéndonos allí, en la palidez de un espacio vacío, sin tener que contenernos, dejándome eyacular

dentro de ti como una prueba de que yo me negaba a dejarte.

Pero la soledad era un lastre y el silencio, al que no estábamos acostumbrados, había dejado de ser nuestra voluntad. Queríamos hablar; saber el uno del otro, y algo así lo habría arruinado todo.

Por eso, no volví a nuestra última cita. No había ninguna excusa para que yo no acudiese, salvo la de saber que ya no sería lo mismo, que estábamos a punto de romper ese equilibrio entre la imagen de la librería, armónica, perfecta, sin cuerpo y esa otra realidad, más instintiva, en la que tu boca me reclamaba como si necesitase respirar a través de mí, ahondar en la herida de la indiferencia, en una ciudad donde habíamos entrenado toda clase de mentiras para subsistir al lado de los nuestros.

No podía arriesgarme. El dolor estaba ahí de todas maneras. Por mucho que quisiera, eras inalcanzable. No habríamos sido felices jamás. La felicidad es otra mentira, el falso ídolo que acecha a parejas como la de Jacqueline y yo, dos criaturas postradas que tienen todo, pero que, en realidad, no tienen nada. No estoy arrepentido de aquella decisión, querida.

Quiero imaginarte aquella tarde allí, sola, en la habitación, esperándome desnuda, leyendo alguna antología de poemas ingleses, girando tu cabeza hacia la ventana, dejando que la luz, la pobre luz, retomara los contornos, los contornos de un cuerpo inédito, el mismo que, en aquella librería, produjo en mí algo mucho más profundo y desmedido que cautivar-me.

He sido un hijo de puta contigo y ahora lo estoy siendo con Jacqueline, pero no puedo evitar disentir de las palabras; solamente el deseo es auténtico, esa pulsión irracional que me llevó a acercarme a ti y a invitarte a que leyeras la novela de Sylvia Plath, a que me respondieses, mirándome a los ojos con un aura de ingenuidad; *sería genial que te hablase un poco más de esta escritora en un lugar apartado.*

Y luego vino aquel café y ese paseo por Bloomsbury, silenciosos, el uno al lado de otro, sin otra preocupación que la de intentar no defraudarnos para no regresar a la realidad de la que queríamos escindirnos.

Jacqueline se ha limitado a volver a la cocina. Ha preparado café. Ha dejado que yo no dijese nada más, que no justificase lo que ella imagina.

Que hubo otra mujer, que todavía hay un resquicio de esperanza para mí y que me obliga a mirarla de otra forma, nada sincera, lejos del orden y la rutina que sostiene a todas las parejas que han decidido rechazar una vida en solitario, volcar todos sus esfuerzos en continuar con los proyectos de sus padres.

Ha dejado que no dijese nada más, que siguiese leyendo a Sylvia Plath, otra forma de entregarme a ti después de los años y de la que Jacqueline no puede excluirme, otra forma de mirar la vida con esa sensación de pérdida que hace que todo sea un poco más joven, más prematuro, menos real. ¿Por qué te perdí para siempre?

No podrás contestar a esta pregunta.

He huido de ti, pero no de los recuerdos que evocas cuando Jacqueline se desnuda y su cuerpo se ofrece a mí, y yo, cierro los ojos, y aparece el tuyo, tan parecido, tan claro, usurpando la felicidad entrenada al lado de mi actual pareja.

Y no puedo evitarlo.

Quiero que la boca de ella sea tu boca, y soy tan ingenuo que llego a creer que es verdad, que podrías ser tú, en aquella habitación, desgarrando las sombras, hiriéndome de placer con esos gemidos que no podías contener y que, allí, solo allí, en Bloomsbury, nadie habría de escuchar”.

Michael

14

“He vuelto a la librería donde te vi por primera vez, pero no estabas. He buscado el mismo espacio en el que te encontrabas, decidiendo si aquella novela de Sylvia Plath sería la mejor forma de adentrarte en aquel complejo y neurótico mundo de la escritora.

Me acerqué. No sé aún por qué exactamente. De todas maneras, no hay nada racional en todo lo que hicimos. Me fijé en tus labios, un desenlace leve, frágil y sutil al mismo tiempo de aquellos pómulos sobre los que reposaba una claridad mínima, la ligera composición de una actitud ante la realidad que aparentemente reflejaba juventud e ingenuidad.

Aunque es cierto que luego no fue así.

Aquella blusa roja y una falda blanca expresaban una personalidad que reparaba en la discreción, pero sin abandonar la exhibición de un cuerpo estilizado, ágil, ingrávido, cuando permanecías en silencio, hojeando aquella edición de Gallimard, relejendo una misma página con la sobriedad de un gesto que me atrajo.

Porque, en el fondo, transmitías interés por lo desconocido, por el traumático comportamiento de aquella escritora, Sylvia Plath, que, antes de suicidarse, dejó poemas y párrafos inspirados en la infelicidad y en el sometimiento a un matrimonio que enfatizaría los síntomas de la enfermedad que incubaba.

No me miraste cuando me acerqué por detrás a espiar lo que leías. Pero no era cierto que solo fuese eso. Quería saber más cosas de ti. Mi intuición analizaría rasgos que entrañaba aquella pose, a contraluz, mientras tus ojos trataban de descifrar aquellas frases tan duras con las que comienza una novela como *La campana de cristal*.

Alguien abría la puerta de la librería y se marchaba. El encargado se perdía más al fondo, entre unas estanterías vacías que estaba reponiendo con nuevas ediciones de novelas juveniles y best sellers.

Pero nosotros estábamos allí, en aquel punto exacto, donde la escritora Sylvia Plath reclamaba tu atención y parecía susurrarte: “Ven a mí”. El aroma a glicina que exhalaba la piel de tu cuello me conmovió especialmente, un síntoma de delicadeza que rara vez interpreté así en otras mujeres.

La serenidad de aquellos pómulos mutaba en una dinámica de oscuras sombras, cuando afuera la luz del sol había sido eclipsada por las nubes. Suele suceder a esa hora en una ciudad como esta, donde nadie puede acostumbrarse a la claridad de los espacios. La niebla y la lluvia encuentran aquí su asidero cada tarde de otoño.

Tu perfil inmóvil aún se diluía entre esa cortina gris que atenazaba toda la librería, que sepultaba los libros en una atmósfera mucho más incierta y recóndita.

Así eras tú. Incierta y recóndita. Una figura a la que yo debía seguir observando sin saber muy bien por qué.

No era la primera vez que me detenía a mirar a una mujer más joven que yo, a una estudiante de Cambridge, pero había algo en ti que trascendía mis escarceos anteriores.

El hecho de contemplarte en aquella actitud de devoción hacia la lectura fue quizá lo que hizo que en mí se declarase también mi devoción hacia alguien como tú.

Tuve miedo de romper tu silencio, de poner en peligro aquella escena en la que alguien como yo había advertido el riesgo que tiene la belleza de una joven que no se parece a ninguna otra.

Pero giraste la cabeza y nos encontramos, presintiendo que tú también te habías percatado de mi presencia cuando crucé el umbral de la entrada para recoger una selección de poemas de William Blake.

Sé que sonreíste o al menos pensaste en hacerlo, al observar en mí una degustación por la poesía que rara vez se encuentra en la mayor parte de los hombres que conocías.

Tu fragilidad me atrajo. La fragilidad en un cuerpo como el tuyo es significativa, símbolo de la pulcritud, de una juventud que necesita corromperse, madurar, relacionarse con otros, hacerse más fuerte, excitarse, crecer en experiencias, dejarse poseer por alguien como yo, ¿verdad?

En el fondo, era lo que necesitabas. Tus ojos me lo revelaron cuando quisiste decir algo, pero las palabras adecuadas no fluyeron por tus labios, por tus frágiles labios, como tu conjunto, el desenlace más acertado de tus pómulos serenos, oscurecidos ahora por el eclipse de luz, proveniente de fuera.

Tu frente despejada y tu cabello hasta la altura de tus hombros, liso, pero lleno de vida, no delataban todavía tu entrega a un hombre como yo.

Porque nos quedaba hablar un poco, tomar café, dejar que me escuchases hablar sobre esa literatura que tanto animaba lo salvaje que se guardaba en ti”.

Michael

15

Ha sido con ese hombre cuando ha descubierto su facilidad para seducir, sin necesidad de cometer excesos. Ni siquiera con Richard o con anteriores relaciones, ha tenido la sensación de que su cuerpo podía ser tan cautivador.

Nunca quiso que su belleza destacase por encima de otras cualidades, algunas de ellas, la han castigado en exceso. Lo que, en un primer momento, parecía una forma higiénica de diferenciarse del resto de adolescentes de su generación, se volvió en un mal, en una enfermiza obsesión por querer ser *excesivamente* diferente.

Muy pocos saben que tuvo problemas en el colegio y que sufrió varios episodios de anorexia a lo largo de algunos cursos en el instituto. Muy pocos saben que tonteo con las drogas y que la cocaína perturbó algunos de sus primeros semestres en la universidad. Si busca una razón, no la encuentra, simplemente cierta tendencia autodestructiva a no querer participar de esa felicidad que su familia había entrenado para su hermana mayor y para ella.

Pero Sheila siempre tuvo la certeza de que no habría de morir joven, sino que todo aquello que experimentó no eran más que capítulos de una biografía inspirada simplemente en la controversia de no querer ser perfecta, de no residir en la misma zona de confort que el resto de compañeros, de adquirir un protagonismo que se podría calificar de *maldito*. Sheila no era más que una adolescente con problemas que, con el tiempo, lograría relajarse y sentar la cabeza.

Tenía una madre protectora y su padre, ex piloto del ejército, fue siempre un hombre generoso, cuya bondad destacaba dentro de otros varones de su familia, lo que le condujo a la ruina cuando ella estaba a punto de abandonar el instituto.

Su padre se hizo cargo de las deudas de uno de sus tíos, que acabó suicidándose, arrojándose al Ouse. Desde ese momento, algo cambió en el

seno de la familia.

Su hermana abandonó la casa con su novio de siempre y ella se marchó a Londres sobreviviendo con una beca que ha ido renovando con cada curso gracias a la excelencia de su expediente y a esas clases particulares que imparte a domicilio cuando necesita un sobresueldo.

Conoció a Richard en una fiesta de la City y todo pareció adquirir los visos de la normalidad que su familia ha reclamado siempre para ella y para su hermana. *Un matrimonio puede sostener los reveses de la vida frente a la soledad que acaba hundiéndote en el Ouse como le sucedió a su tío.*

Hoy no sabe cuánto tardará Michael en llegar al apartamento. Ahí dentro el tiempo es un elemento tan nocivo como irreal. Sinceramente, Sheila estaba esperando a que sucediese algo así en su vida. Aunque parezca una contradicción, la normalidad y el compromiso la estaban alejando de la cordura.

Cuando entró por primera vez al apartamento de la mano de Michael, le pareció entonces más espacioso y ella dejó que aquel hombre la desnudase sin

que la luz, en aquel momento, fuese tan importante.

La exposición de su cuerpo a aquella claridad no tiene tanta importancia en realidad. Han pasado ya los años suficientes para no avergonzarse de un cuerpo esbelto como el suyo. Entiende perfectamente que los hombres se fijen en ella cuando sale a hacer footing o a comprar al supermercado.

Presiente que antes era una mujer más joven que lo es ahora, aunque hayan pasado tan solo unos meses de esos encuentros secretos. Esa madurez es interior, ajena a las formas de su cuerpo.

Pese a la vanidad que podía vislumbrarse en su manera de excitarla, Sheila intuye que Michael es un hombre vulnerable, al que el tiempo y su relación aparentemente armoniosa y estable con Jacqueline están castigando con severidad.

Sheila tiene la sensación de que aquello que calla lo está sepultando en vida. Su intimidad es propia de un hombre que ha hecho de la tristeza y la nostalgia una filosofía de vida. Solo Dios sabe hasta cuándo.

Hace unos minutos que Michael se ha marchado a por café y a por esos panecillos de mantequilla que preparan en La Rieu, cerca de esa librería donde se conocieron. Ahora que Sheila se ha metido en la bañera y no escucha nada, salvo esa letanía de voces que, por la Quinta, expresan el afán y el declive de una sociedad que duerme con la toma de somníferos, puede comprender que la eternidad, aquella eternidad, no durará mucho.

Ser feliz de aquella manera, como lo son ellos, no debe ser más que un mero entretenimiento pasajero. No es amor, quizá, sino la imprecación de un deseo que les reivindica, una y otra vez, a follar allí, en ese espacio buscado, único e insustituible.

Habrà un momento en el que deberán abandonar ese lugar, un momento en el que deberán despedirse, pues sus vidas están condicionadas no solo por palabras como “normas”, “compromiso” o “rutinas”, sino también por una serie de obligaciones de las que no pueden librarse; las consecuencias de esos encuentros, si se prolongan a lo largo de muchos meses, afectarán gravemente a otras personas hasta el punto de condenarlas a la infelicidad de la que todos huyen, de la que ellos están huyendo; como si la infelicidad fuese un estado concreto del alma, una apuesta por una sumisión tan punitiva como destructiva desde el momento en que se nace.

Cuando Michael regrese, está segura que la animará a que se quede un poco más y le pedirá que vuelvan a la cama, pero ella estará vestida, habrá cogido su bolso y se habrá puesto su blazer, y le dará un beso en la frente, y no en los labios, y abrirá la puerta, y dejará el apartamento.

Y, antes de que eso suceda así, los ojos de ambos vibrarán, buscarán otro atardecer, de otra próxima cita, para follar de nuevo, desconsolados, como animales, ebrios el uno del otro, mientras la misma oscuridad de la tarde que muere en los parques sepultará sus cuerpos, con la intención de que se hieran un poco más.

Serán más misteriosos: dos desconocidos que se necesitan para reanudar sus vidas, otras vidas que no quieren, pero que han de respetar sin saber exactamente por qué.

Sí, lo saben. Sencillamente, para que no muera la pasión en la que sobreviven cuando cierran la puerta de ese apartamento de Bloomsbury y se desnudan como si no existiese el futuro, ni ningún pasado.

16

“Vigilas mis movimientos. Hoy estás tan preciosa como la semana pasada. Es la tercera vez que nos citamos en el mismo café. Te has maquillado los labios para mí. No quieres hablar demasiado. La necesidad de mí se impone al silencio. Eso me hace un hombre cada vez más vanidoso y sé que eso me hace insoportable.

Te echas el pelo hacia atrás para simular que piensas en algo ridículo que no tengo por qué conocer. Sabes que puedo hacer lo que me plazca contigo. Lo has leído en mis ojos nuevamente, como sucedió aquel día en la librería. Fui un engreído al dirigirme a ti y decirte que esa novela no mostraba la madurez de la escritora que llegaría a ser Sylvia al final de su vida.

Te invito a ese capuchino que siempre pides con una ensayada timidez y me sonrías a continuación. Buscamos nuestro rincón. Y yo sigo sencillamente hablando sobre Plath y la influencia de Anne Sexton en su obra, mientras el rubor de tus mejillas te delata, ese declive de la inocencia que no puedes reprimir, y que resulta tan obsceno como mi declaración de principios el primer día; una vez que me acerqué a ti para preguntar qué estabas leyendo con tanta devoción.

Nunca te acabas el capuchino. Creo que forma parte de uno de tus muchos rituales que construyen tu enigmática personalidad, una personalidad que se esconde tras ese aire de juventud, casi risueño, que has aprendido a exhibir con la suficiente moderación para seducir. Para seducirme.

Saldrás por la puerta antes que yo.

Te seguiré, querida. Subirás a un taxi y yo a otro. No iremos caminando esta vez. Conoces la habitación de ese apartamento de Bloomsbury; un diván rojo y una lámpara de araña imitan el decadentismo de una época que fue gloriosa para esta ciudad.

Lo demás ya sabes en qué se puede resumir: polvo, sábanas, un colchón, botellas, un espejo y esa ventana que absorbe la claridad de una ciudad a la que ya no pertenecemos”.

Michael

17

“Sabes que no quedará nada de todo esto. Tus ojos no volverán a mirarme, aunque me cruce contigo por Gordon Square, aunque tengas la necesidad de regresar a mí, de tantear mi cuerpo de nuevo, rozar los labios que, con tanta ansia, besaste todas las veces.

Nuestros cuerpos ya no serán un refugio para el otro. Habremos vivido de otra forma lo que pudo ser la plenitud o algo que, difícilmente, las palabras pueden describir. La vida no es esto. La vida no es esto, querida.

La vida era aquel apartamento del centro, donde sabíamos que el deseo tenía límites, aunque, en aquellos momentos, no lo parecía.

Porque, en el fondo, suplicabas que no fuese verdad la vida que tenías al lado de ese muchacho que estaba acabando su Grado en Economía, con el que estabas prometida. Lo citaste una vez y yo te ordené que callaras, que no me importaba en absoluto quién demonios eras al otro lado de aquellas paredes, o al margen de nuestras conversaciones sobre libros.

Pero era verdad que lo suplicabas y la verdad es esa impotencia de no poder elegir. Yo tampoco podía elegir. Jacqueline no se merecía ser engañada por más tiempo. Y fui un hombre cruel con ella y contigo. En esa frase queda comprendida mi existencia, el desenlace de todos estos años, en los que no he sido del todo consciente del error de dejarme arrastrar por ti.

Teníamos límites, querida. Teníamos límites y el hecho de saberlo, aunque fingiéramos que no, hacía que nuestros encuentros fuesen más intensos, que los gemidos resonaran en las habitaciones como reverberación de otros cuerpos, de otras existencias, de otros sucesos no vividos y que habríamos de haber vivido.

Pero nos negamos a elegir y solo nos quedaba el sexo, desearnos desde la desnudez, desde un lenguaje privado, sin palabras, sin la eficiencia de las palabras.

Nos merecíamos aquel error, sin embargo. Nos merecíamos engañar a los otros, a los que amamos de verdad, por muy extraño que parezca. Porque lo que vivimos en aquel apartamento no era tan sencillo. No se puede comprender en los límites de una palabra como esa. *Amor*.

Sabes que lo trasciende. Arde entre las yemas de nuestros dedos. El tiempo no es más que una réplica del olvido. Y el tiempo solo cede al olvido, cuando los dos, nosotros dos, no tengamos la oportunidad de encontrarnos de nuevo.

Han pasado varios años y nuestros cuerpos han emigrado lo suficientemente lejos el uno del otro para no percatarse de su ausencia. Y, si alguna vez lo hacen, habrán de aferrarse a las imágenes, a los recuerdos que no son semejantes a la experiencia, a su mentira, a su delirio.

Y no podrás buscarme en un lugar concreto, querida. Las responsabilidades no te lo permitirán, porque ya no serás una mujer que improvisa. Quizás ya no vuelvas a sentarte en una cafetería o a buscar una nueva edición de alguna obra de Sylvia Plath en una librería.

Probablemente no te sentirás tan sola como entonces, esperando a que alguien te mirase como hice yo, con la devoción de un hombre que quería solo sexo”.

Michael

18

“Acariciabas mi mano. Quería retirarla, pero no podía hacerlo. Algo me lo impedía, algo que no era tampoco demasiado profundo; porque lo prohibido casi nunca lo es.

Se distingue con claridad. No sé cómo expresarlo aquí, en este momento y delante de este cuaderno, pero que quizá, allí, en la cafetería, fijando mis ojos en la puerta que daba a la calle, se me antojara un sentimiento de proximidad y de entrega a ti, una sensación de trascendencia, pura, cada vez más pura.

Las hojas caían en Gordon Square, aunque no fuese oficialmente otoño. La niebla blanca sumía las estatuas en una especie de omisión de la realidad, como si estuviésemos verdaderamente aislados. Quise hablarte de unos versos con los que John Keats inauguraba un ciclo de poemas, polémicos y motivo de muchos estudios de crítica, pero tu mano sobre la mía me estaba invitando a que tu cuerpo yaciese sobre el mío otra tarde.

El deseo estaba ahí. Eso era.

¿Y ahora? ¿Qué me queda? Resistir. Seguir evocándote, como si alguna vez hubiese sido auténtico que estabas ahí, con la intención de poseer lo que tu vida quizá te había negado como me lo había negado a mí.

No habías encontrado en ninguna otra persona esa temeridad que yo mostraba al exhibirme ante ti, desnuda, con una complacencia que, en el fondo, escondía miedo, miedo a ti, miedo a enamorarme, miedo a disentir del mundo que yo había construido: el final de mis cursos de postgrado, la boda con Richard para dentro de unos meses, la reforma de nuestra vivienda en la que viviríamos cerca de sus padres, un viaje por el centro de Europa.

Por esa razón, prefiero ahora quedarme contigo, con tu recuerdo, porque no puedo ya tenerte ni tocarte. Prefiero quedarme con esa esencialidad de imaginar qué pudo haber sido de nosotros en el futuro.

No tengo otra opción. Estoy rota sin ti. Y duele. Y duele mucho. No soy una mujer afortunada, aunque, para muchos familiares y amigos, lo sea.

Tu recuerdo en aquella habitación es lo único que me queda. Eres lo que, en realidad, tengo de verdad, aunque no estés junto a mí, aunque la nostalgia de tu cuerpo ocupe los espacios, los tiempos, los paisajes que miro, como si, en la desolación de los mismos, pudiese dibujarte, perfilar lo poco que recuerdo de un hombre sobre el que tantas veces me vencí”.

Sheila

19

“No es suficiente con recordarte, querida.

Echo de menos la suerte de los dos, la eficacia de los besos que me trasladaban a esa quietud que yo necesitaba para sobrevivir en el mundo.

No sé siquiera para que escribo todo esto sobre cada cuartilla, que después destruyo.

No porque tema que Jacqueline las descubra y pueda leerlas, sino porque necesito abandonarte de nuevo, cada vez que te recuerdo allí, en la palidez de aquel dormitorio, mirando a la nada, creyendo en que podría ser eterno esos instantes de reposo, de alivio consumado.

Pero, querida, no éramos inmortales, aunque tu cuerpo fuese mi asilo.

Sobre ti no existía otra cosa que yo.

Sobre ti, solamente existía yo, cuando me apostaba buscando entre tus piernas el calor, el húmedo calor que prolongaba tu belleza, no la belleza de tu cuerpo, sino la belleza de ti, en ese lugar que yo había escogido, un dormitorio escueto, sin adornos, sin muebles apenas, con el colchón en el suelo, cubierto de aquellas sábanas con las que jugabas a esconderte, a escapar de mí como si te tentase la vanidad o esa inocencia que yo te consentía.

Porque sentías que eras dueña de una juventud que jamás podría escapar

de ti”.

Michael

20

No pueden perder el tiempo. Es otro miércoles. Son las cinco en punto. Richard piensa que ella está traduciendo un monólogo en la biblioteca y Michael le ha mentado nuevamente a Jacqueline: “Tengo otra reunión. Llegaré más tarde de lo habitual. Espérame con una botella de vino”.

Aunque ninguno de los dos amantes quiere reconocerlo, saben que esas excusas están llenas de vulgaridad y de indecencia.

Pero, ¿qué importa ahora eso cuando se han descubierto el uno al otro?

Son dos seres capaces de vivir con la mentira. Merecen follar. Que Michael mire la cara de Sheila para espiar la soledad que ocultan esos ojos que luego el sexo nutre de un brillo incandescente.

Tiene los pechos apretados contra él, quien la besa con avidez, buscando con su lengua la lengua de ella, que juega a desaparecer dentro de su propia boca, cada vez más dentro. Luego se desliza sobre la de su amante, inundada de saliva; tan húmeda que los labios de ambos se anegan y es excitante comprobar que un beso así aún puede extraviarlos en un mundo desbordante, donde los sentimientos, además de confusos, son inescrutables.

Y es precisamente la incapacidad para describir tales sentimientos lo que atrae el morbo entre ellos, nutridos de un ansia que rebasa los límites de la cordura.

Están locos.

Pero ella, al menos, presiente que no puede perderse estos momentos, ese lugar, donde el otro hombre la busca con el ánimo de hostigarla al meter sus dedos dentro de su vagina, dejando que ella se estremezca, contrayendo su

vientre, desgajándose con un jadeo intermitente con el que lo invita a sorber su boca, a cubrirla de nuevo, sin temor a nada.

Les falta el aire. Respiran entre los resquicios de luz que quedan entre los huecos de sus cuerpos trenzados sobre el colchón.

No tienen escapatoria.

Pronto anochecerá y tendrán que regresar a casa, y la realidad se tornará estricta y austera, cada vez más intolerante. Sheila ha aprendido rápido. Gira sobre el cuerpo de él y su boca, inundada de saliva, curva sus labios. Liba el pene de Michael que agradece esa osadía, esa manifestación salvaje de ella, como sucedió en aquel probador, mientras sus manos abren suavemente las piernas de Sheila que, a horcajadas sobre la boca de Michael, no deja de lamer su glándula y de apresar el grosor de un miembro que rezuma y palpita.

La luz vislumbra los relieves de unos objetos dispersos en el suelo: libros, un bolso, una chaqueta, pañuelos de papel. La lengua del hombre la penetra, sorbe limpiamente, los pliegues de sus labios, humedece la prolongación de un clítoris que la obliga a tomar aire con la determinación de quien no debe

quedarse atrás, de quien no debe mostrar vulnerabilidad, aunque siempre sea Michael quien al final decida cuándo ha de tener el orgasmo.

Suavemente, Sheila cubre de nuevo el glande, cuando la lengua de él recorre el doblez y las rugosidades de una zona tan débil en ella como inerme e indefensa.

El vientre de Sheila oscila contra la gravedad. Por un momento sus piernas presienten el escalofrío de una desnudez que se defiende contra el frío de esa estancia vacía.

La claridad enfermiza dora su espalda que se contrae cuando siente que la lengua de ese hombre se adentra más en ella, la penetra un poco más, aguantando la respiración, obligando a que las paredes de su vagina vibren con un temblor inusitado, cercano a ese palpito de un corazón que aumenta su ritmo, como si, en verdad, necesitase huir de algún lugar.

Y ese lugar es su propio cuerpo, vencido por la extrañeza que provoca esa excitación de estar practicándole una felación a un desconocido al mismo tiempo que su coño se abandona a los movimientos de una boca que sustrae

toda su energía sin otro fin que poseerla.

Las sombras lastran la pesada oscuridad cuando afuera las nubes eclipsan los últimos rayos de la tarde y los árboles se esfuman entre la opacidad.

La espalda de Sheila se contrae con más fuerza. El placer no se puede medir tal y como lo siente ahora, así que el orgasmo no tarda en precipitarse y Michael lo agradece. Las piernas de ella siguen flotando en esa ingravidez que él le ha procurado al beber de sus labios, al sorber su clítoris. La luz se ha apagado del todo y los dos cuerpos quedan a merced de un tiempo que ya no es real ni irreal.

Sheila no piensa en nada ni en nadie, cuando gime con virulencia, sin pudor alguno, como un animal que ya no puede huir, que ha quedado atrapado en un cepo. La erección de Michael vuelve a enterrarse en la boca de ella que ahora consume con auténtica devoción, como si estuviese en deuda con él. Y eso hace. Y eso consigue cuando la boca del hombre toma aire y emite un gemido que muere entre el hueco de las piernas de Sheila.

Y todo alrededor parece más leve. Están lejos de un mundo que los ha

destrozado hasta que se han conocido por puro azar en aquella librería, aunque Michael no crea en el azar.

Las descargas dentro de la boca de Sheila son abundantes y ella cierra los ojos, e imagina las palabras que él le ha susurrado cuando han entrado a la habitación: “Podemos ser libres y morir aquí, si queremos”. Las dibuja en el aire, las hunde en aguas calmosas. Esas palabras se dejan invadir por la niebla que ella descubre mientras sus párpados se entornan para comprobar que la ciudad de Londres vive en otra quietud ahí afuera.

Y el semen de él resbala por los labios de Sheila, humedece el abdomen terso del cuerpo de ese hombre que le ordena que cambie de posición. Y ella obedece y él se arquea, y besa su frente, y la mira a los ojos, buscando la misma niebla que ella ha divisado, y hunde la nariz en su pelo, el de Sheila, que huele a juventud, a precocidad, a futuro.

Y ella, invadida por la fuerza continuamente desafiante de su contrincante, le pide que la penetre y él, a tientas, acierta con otra erección al entrar en ella. Sus brazos rectos, en tensión, exhiben la firmeza y la potencia de sus bíceps.

Y ella acaricia su nuca con unos dedos que se deslizan levemente buscando la suavidad de un placer apenas indemne.

Porque ellos quieren ser indemnes, vivir al margen de las cosas, no volver a casa nunca más, quedarse allí, como en aquel probador, como en aquella librería en la que Sheila leía una novela a contraluz y Michael no pudo hacer otra cosa que dejarse arrastrar hasta ese cuerpo, que estaba más cerca de un reflejo que de la pura carnalidad.

Entierra su cabeza entre los pechos amplios y se mete en ella, y es cierto que siente la plenitud de una mujer que le arrebató la miserable realidad para involucrarla en otra realidad, donde Sheila ya no distingue el presente, ni el pasado, donde el futuro queda demasiado lejos, aunque parezca una contradicción.

Y él comienza a mover sus caderas y observa que la joven se muerde el labio con tanta fuerza que lo tiene en blanco. Las facciones angulosas, tan atractivas para alguien como él, marcan una clase de distinción en el carácter de Sheila, pues pierden su palidez.

Y entonces, solo entonces, deja escapar por su boca nuevos gemidos, expresiones de una palpitación constante que hiere en el fondo de su cuerpo, pero que a la vez necesita, cuando sus pezones se endurecen y es amable el aliento que exhala Michael sobre su frente con cada embestida.

Intenta inclinarse un poco para que el pene de Michael penetre hasta lo más hondo y Sheila lo percibe con una dureza afectuosa y necesaria. Es ese latigazo incesante a la altura de su estómago, mientras el sabor del semen regresa a su boca como un signo de vencimiento.

Es un recuerdo que perdura en su aliento con el valor de que ella, como en este momento, está logrando que Michael no se arrepienta de haberla conocido.

Y así sucede que obtiene su recompensa antes de lo previsto y el orgasmo la agita en su interior, como si un eco reverberase sin otra condición que la de expandirse por toda una superficie y esa superficie ahora es su cuerpo.

Desde su abdomen hasta sus muslos, regresa la ingravidez, el profundo placer de saber que es una mujer única, poderosa y frágil al mismo tiempo.

Pese al orgasmo de la joven, Michael sigue penetrándola con un ritmo cadencioso, buscando la armonía en esos movimientos, la dilatación de esa tarde que se ha vuelto noche sobre esos cuerpos, lejos de la templanza. Y ella pronuncia entonces algo como: "Todavía no sabes lo que estás haciendo. Todavía no sabes de lo que soy capaz".

El torso del hombre se encoge unos instantes y su cintura retorna a un ritmo mucho más presuroso, y Sheila pone los ojos en blanco, se cubre los pechos con sus manos, que reafirman su volumen entre sus dedos, y el sudor del torso de quien sigue entrando en ella cae sobre el vientre de la joven, perlado su tersa piel.

No hay derrota ni victoria.

El futuro de los amantes se concentra aquí, en esa lluvia de sudor, en la intermitencia de los jadeos, en esa provocación felina de unas miradas que no se cansan de escrutar los cuerpos hasta que finalmente Michael eyacula dentro con varias descargas.

Ella gira la cabeza. La ciudad está desnuda a través de la ventana. La niebla arrasa las calles y las estatuas de los parques que no logra divisar, pero que intuye que están ahí, en esos espacios ajardinados por donde tantas veces ha paseado con sus libros entre sus brazos.

¿Cómo va a poder mirar a Richard una vez que salga de esa habitación? ¿Cómo va a poder amarlo después de estos encuentros? El hombre cae a su lado. Sonríe y dice mientras recupera el aliento: “Me apetece un café, ¿a ti, no?”.

Y ella, cubriéndose con la sábana, deja de mirar la ciudad y observa que la niebla reposa en los ojos de su amante, y merece la pena internarse en ella, descubrir lo que se esconde en mitad de esa nada que Michael expresa.

Pero es imposible averiguar algo; hay demasiadas ganas de follar cada vez que lo observa con intención de conocerlo más allá de su cuerpo, de su obstinación por tentarla desde el primer momento en que coincidieron en esa librería en la que Sheila leía a Sylvia Plath.

21

“No me interesaba en realidad tu cuerpo, sino el momento en que compartíamos aquella verdad, querida. Era la verdad que ningún otro se había atrevido a arrebatarme a su propio deseo.

¿Cuántas veces no hemos sentido la tentación de quedar con alguien tras observarla durante un rato? ¿Cuántas veces los compromisos, la fidelidad hacia otra persona y el celo de responsabilidad nos han obligado a mantenernos en la distancia, a no dar ese paso que di yo cuando te pregunté qué estabas leyendo?

No me interesaba en realidad tu cuerpo, sino el hecho de demostrarme a mí mismo una cosa: que era capaz de superar el miedo de buscar otros retos, de dirimir mi propio instinto sin privarme de besarte, de rozarte como si fueses una criatura inédita, a la que, en pocos meses, dejaría de visitar, de entrar en ella con la fuerza desmedida de una pasión que estaba ahí y que no podía reprimir.

Quizá, el mayor error fue no decirte que aquello no habría de durar mucho tiempo.

No me siento culpable de haberte abandonado. No me siento culpable de haberte herido seguramente, puesto que eras más joven que yo y había en ti la ilusión de alguien que cree que yo podía emprender una nueva vida a tu lado.

Sin embargo, mis acciones estaban ya consumadas. No eras un capricho. No eras un objeto. Eras todo, menos eso; eras la búsqueda de una belleza que creía que solamente existía en los libros sobre arte, la idealización de un ser que estaba vivo sin parecer que lo estaba.

Al poseerte, tenía la sensación de que eras irreal. Luego, fuiste siendo cada vez más carnal, un cuerpo que no podría mantener en el suspense durante tanto tiempo. Porque, pronto, habríamos de decir nuestros nombres y de confesar qué vidas nos sustentaban en Londres.

Pero yo no quería eso. Solamente quería tenerte unas semanas, unos meses, indagar en esa clase de misterio que desprendías al gemir, según entraba yo en tu cuerpo, o cuando lo hacían mis dedos. Te estremecías con la fuerza innegable de un deseo que necesitaba reafirmarse y que otros habían sido incapaces de culminar: el deseo de vivir tal y como se debería.

Sencillamente era eso.

Conmigo vivías y yo también lo hacía gracias a ti. De alguna manera, estábamos condenados a rescatarnos, a sobrevivir un poco más, mientras los días se sucedían en un flujo de incertidumbre sobre nuestro futuro, que yo debía eliminar al encerrarnos en aquella habitación.

Seguramente, si hubiésemos seguido allí un poco más de tiempo, habríamos acabado por saber algo el uno del otro, para confirmar que aquello no era un sueño. Pero yo quería que fuese un sueño y, por esa razón, no podíamos saber nada el uno del otro. No quería que se desprendiese de ti ese elemento de irrealidad que tanto te había idealizado.

Todavía recuerdo tu jadeo desacompañado cuando mi boca succionaba tus pezones y mi sexo entraba con presión y nervio, y tú te elevabas sobre mi cintura, y tu boca buscaba, ansiosa, el aliento de la mía, que estaba sumergida en ti, cohibida por los latidos de un corazón, el tuyo, que rebosaba de vida.

Algo tan hermoso no podía tener ningún sentido. Algo tan hermoso debía morir en breve.

Por esa razón, me fui. Porque era todo demasiado hermoso, demasiado sincero y puro. Era verdad que la luz nos atravesaba, que nos fundíamos con ella, que no existíamos en la realidad, que éramos otros seres, otra materia, caudal de claridad en ese vacío que dejaban nuestros cuerpos al separarse.

Regresé con Jacqueline, sino quería que nuestros encuentros fuesen

decepcionantes después de un tiempo, como lo era ya mi vida y lo sigue siendo; insustancial, desabrida, quizá más inexpresiva que en los años de juventud, en los que las fiestas y las reuniones después de las clases de literatura completaban la escasez de entretenimiento y riesgo.

No quería eso para ti ni para nosotros.

Vivo con Jacqueline todavía. Es la persona que mejor se adapta a mis necesidades y a mi propia vanidad. Lo nuestro era inútil, querida.

La belleza residía en eso, en que el sexo no significaba nada más allá de aquel cuarto, porque no me cansaré de repetirlo: algo como aquello, tan hermoso debía ser efímero, inconsistente, frágil, por mucho que te doliese, por mucho que esperases de mí".

Michael

22

No duda en hacerlo. Lo tiene delante. Le gustaría saber cómo ha aprendido tan rápido a deshacerse de un sujetador como ese. Pero no quieren hablar. Hay que respetar el pacto. El otoño se vuelve más gris dentro de esa habitación. Tiene ganas de comerle la boca y lo hace con desesperación incluso.

“¿Tienes hambre, verdad?”, pregunta él, envilecido, con intención de que Sheila cruce el umbral con mayor rapidez que otras veces, que se nutra del riesgo y de esa virulencia que representan a alguien como él, que devora los labios de ella, quien introduce ahora su mano derecha dentro de un pantalón gris.

Tantea la erección de un miembro que palpita entre sus dedos. Las luces regresan al interior de la habitación; son luces que completan un mundo de dos personas que odian la soledad a la que se entregan a diario con sus parejas. Los ojos de Sheila brillan a contraluz, como si agradeciesen ese nuevo encuentro.

Ahora él prueba su lengua, sorbe la saliva que la anega, aspira el aire que ella trata de inhalar cuando las manos de Michael la agarran con fuerza a la altura de sus firmes senos. Se quedan sin oxígeno y esa sensación de asfixia es el preámbulo de la plenitud que alcanzarán cuando él eyacule sobre su vientre.

Ahora la otra mano de ella alcanza sus testículos mientras lo masturba con una suave oscilación, sin dejar de mirarlo a sus ojos, que se oscurecen, transidos por ese placer inesperado que ella le proporciona.

Sheila se arrodilla porque no quiere otra cosa que absorber el calor que tiene entre las manos. Michael apoya su espalda en la pared y se desabrocha la camisa. Todo sucede demasiado rápido, como si no importase que todo terminara enseguida, que todo fuese lo más próximo a un sueño que los embarga y del que habrán despertar en pleno éxtasis.

Sheila no puede evitar sus ojos nuevamente, regresar a esa mirada que, lejos de ser lánguida, se nutre de una energía recóndita; una energía que emerge de su interior, indescifrable, pero que hace que ella se someta con la determinación de quien sabe que lo que hace no es nada nocivo ni perjudicial.

Sorbe ávidamente su erección, ese temblor ligero que hiere poco a poco en el fondo de su boca, cerca de su garganta. El calor se funde con la saliva de Sheila, con la suavidad de una boca que espera a que ese hombre, más desconocido todavía que otras veces, gima con un halo de nostalgia que a ella le excita, como si esa felación le recordase a otra mujer, a un amor imposible, que ella ahora supera con determinación.

Sus dedos se deslizan delicadamente por la base de un pene. Un templado tacto roza el escroto de quien le devuelve la mirada a ella, concentrado en fundirse en esa tentación febril que la joven le demuestra, completamente entregada.

Y el placer ya no es efímero, ni ese tiempo en esa habitación, donde nacen y mueren con todo lo que significa amar de verdad o amar de otra forma.

Michael hunde sus dedos en los mechones de ella; necesita tocarla, saber que es real, que esa joven no es un espejismo, ni un reflejo azogado a través de un espejo que se disipa cuando él se marcha.

Sheila se desanuda la blusa con dificultad; ese nerviosismo primerizo aumenta el ansia, incrementa el afán por cubrir su glande con esos labios que, humedecidos, acaba de rozar una tenue claridad, una claridad revivida de un mundo que afuera ya no les sorprende.

Están vivos ahí dentro, juntos, marginados, distantes de sus parejas. Cuando se deshace del sujetador, él la coge por la cintura, la eleva con la docilidad a la que Sheila nunca parece acostumbrarse.

Las respiraciones se confunden.

Ese escenario que habitan vibra, se hace más claro, menos difuso, y los labios de ella se curvan con esa sensación de plenitud, porque ha olvidado a

Richard, porque ha olvidado cómo se vive sin remordimiento, sin censura.

Y ahora se besan y sus cuerpos sinuosos se funden en uno solo. Y ahora Michael vuelve a succionar sus pezones enrojecidos, inflamados de una sensualidad que la rejuvenece, que la vuelve más apetecible a cualquiera que la observe y a esa luz que ya no los extraña.

Sheila ahoga el placer en un quejido lastimoso. Pide un poco más del talento de ese hombre que se ha negado a hablar de sí mismo desde el primer momento.

Y esa intriga sostiene la excitación, hace que la locura sea irreparable. Sus dedos sostienen el mundo al que ahora se debe ella, cuando los introduce en su vagina y explora el interior de un cuerpo que se dobla sobre sí mismo, que es incapaz de contener la emoción inefable que vertebra su torso.

Insaciable, abandona los senos de ella y la empuja contra la pared y allí, en ese recodo, concebido para que los dos follen, concebido para que ella aprenda de lo que la mirada de él expresa.

¿Qué expresa la mirada de Michael? La sinrazón de estar con una extraña a la espera de que un instinto sacie otro mayor, aquel que supera el propio sexo; aquel que se debe al conocimiento del otro y a la ansiedad que genera el hecho de no saber nada de quien ahora se estremece bajo el preámbulo de un orgasmo.

Sus lenguas retornan a un encuentro casi azaroso que provoca que la tentación de Michael a ella se nutra de una mayor necesidad de penetrarla. Y así lo hace, asiéndola por las caderas y obligándola a girar, ajustando su trasero contra su erección irreprimible.

El sordo rumor de unas ramas afuera, en Gordon Square, cede a un silencio que los hace más vulnerables, mucho más etéreos.

Resplandecen en la oscuridad, se consumen bajo la quietud de un tiempo que no se repetirá de la misma forma.

Michael entra en ella con suavidad al principio. Las manos reptan por la espalda de Sheila hasta refugiarse en la base de su nuca, bajo un mechón oscuro que sus dedos atrapan con voluntad de posesión.

No están obligados a hacerlo, porque nada se impone en esa vocación de deseo que han experimentado. Simplemente ha sucedido, simplemente Michael comienza a penetrarla con más contundencia, entornando los ojos para que la claridad resida en esa turbia complacencia que experimenta al contemplar la arqueada espalda de una mujer que tampoco conoce en realidad. Pero esa mujer se ha prestado a ese juego que supera la infidelidad, una infidelidad que ni siquiera se puede denominar “amor”.

Qué extraña suena la palabra en los labios de ambos si alguna vez se atreviesen a pronunciarla. El sudor desdibuja la tersura de una piel que reclama ser acariciada mientras el hombre acelera el ritmo y percibe la decadencia de la respiración en ella.

Está vencida.

A Sheila le gusta que la penetre con fuerza, con esa desmedida fuerza que divide el placer en dolor y necesidad. Las piernas de ella se abren con intención de exhibir la ligereza de un cuerpo perfecto, ajustado a esa realidad imaginaria que se recrea una y otra vez en el interior de aquella habitación.

“Sigue, por favor. No te detengas ahora”, suplica ella mientras el aire se posa en sus labios para ser nuevamente absorbido con fruición, un aire caliente, enrarecido y compartido por ambos.

La suciedad y la soledad, el hecho de desconocerse, los tienta, los somete a ese irrefrenable interés de tenerse el uno al otro, como si no existiesen otros seres a los que entregarse una vez que salgan de allí y se dirijan al norte de la ciudad.

Su coño está tan húmedo que Michael busca una y otra vez profundizar más allá del sexo de ella y es Sheila quien espera recibir su pene a la altura de su estómago.

Cesa el silencio y las ramas se erigen por encima de unas sombras que anuncian la llegada de la noche.

Michael siente los latidos de ese esfuerzo alrededor de su pene. Su mano desciende por la nuca, mojándose del sudor perlado en su espalda al mismo tiempo que, con la otra, separa los muslos de ella, con un sutil gesto que le permite a la joven predecir que ese hombre va a jugar con su clítoris mientras entra y sale de ella. Aún tiembla por deshacerse de ese deseo reprimido que el otro cuerpo logra. La luz declina afuera y el interior de la habitación retorna a su habitual irrealdad.

Michael traza círculos alrededor de su clítoris hasta que la humedad persistente moja las yemas de sus dedos y escucha la intermitencia de los gemidos de Sheila, mucho más vehementes, prendidos de esa quemazón; una quemazón que se funde con la estrechez de ese camino que una y otra vez abre el pene de ese hombre que cierra los ojos para que solo exista la percepción del tacto dentro, cada vez más dentro de ella, como otro latido que insiste en declararle que no encontrará a nadie mejor al otro lado de la puerta que divide ese mundo.

El abdomen de ella pierde su tensa hechura y se contrae compulsivamente. El orgasmo es siempre una derrota y Michael goza con esa breve destrucción de ella, pues Sheila no puede escapar del rigor y del castigo que impone el placer cuando, pese a los movimientos tan enérgicos y arrebatados, él sigue

entrando y saliendo de ella, hasta que finalmente eyacula en el interior de esa mujer que ama la literatura de Sylvia Plath.

Y Sheila se siente orgullosa de ser así, de seguir con ese juego, de dejarse follar por Michael.

Porque lo que existe es una impetuosa necesidad de mejorar personalmente y de salir ahí afuera para poder progresar con más confianza, aunque sea un hombre infeliz.

La luz amortigua la aspereza de una respiración desfigurada, que los maltrata antes de que recuperen el aliento y el sentido de esa realidad que detestan una vez que se incorporen a Oxford Street y avancen entre la muchedumbre, alejados de esa habitación donde la luz, la escasa luz, los anima a no preguntar nada el uno del otro, sino simplemente a follar, a mirarse a los ojos con la determinación de buscar lo que tanta belleza no escatima en ocultar.

23

“Jacqueline me ha acompañado a la exposición de Balthus. Es un pintor que me sigue pareciendo trascendental en mi visión del arte. Su predilección por habitaciones y por esos cuerpos femeninos estilizados, a veces demacrados, pero llenos de una pureza que podría calificar de “brutal” compensa su carencia en el cromatismo.

Qué estupidez acusar a Balthus de pederasta, como han hecho algunos críticos. Nadie ha descrito la inocencia atrapada en el victimismo y en la represión como él. Nadie ha sabido profundizar en esas miradas desoladoras como ha hecho Balthus desde el comienzo de su carrera.

He visto a una joven que miraba una de las obras. Blusa gris. Falda estrecha. Su pelo sobre los hombros. Estaba de espaldas a mí. Jacqueline hablaba mientras tanto con el asesor de la exposición y uno de esos amigos que visten de Armani y opinan que, después de Picasso, ya no merece la pena ponerse a pintar.

Pensé que la joven eras tú, pues era el mismo perfil que encontré en la librería, ese cuerpo que logré elevar en la luz clara y al que acompañé hasta nuestra habitación a los pocos días de conocernos e intercambiar unas palabras.

Pero sabía que no lo eras. Me acerqué, sin embargo. Y pude comprobar la fragilidad que la envolvía, esa fragilidad que me hace codiciar lo que es ajeno a mí, a mi naturaleza, nada que ver con esa manera de percibir el mundo que tiene alguien a quien han herido, a la que han defraudado, pese a su juventud.

Cuando me conociste, no aprendiste nada; estaba todo en ti. La manera de buscar las distancias, de respetar mi silencio, de dejar que mi cuerpo se fundiera con el tuyo para sentir lo que era la soledad, tu soledad, su embriaguez, su inocencia aparente.

No sé cómo tanta belleza se podía contener en aquel cuerpo. Ahora que miro algunas pinturas de Balthus, ahora que Jacqueline se aleja un poco más, acompañando al crítico que alaba a Picasso por encima de todas las cosas, ahora que la joven seguía ahí, sin presentir que yo la estaba observando para buscarte como en aquella librería, tengo la sensación de que he perdido lo más importante: el ansia por saber.

Todo es aburrido aquí, sin ti. Soy un hombre hastiado, por no decir acabado. Carezco del vigor que ostentaba aquellos meses y de la ilusión de creer que había otros mundos en esta ciudad si seguía a tu lado. He sido un imbécil.

He hecho de ti tan solo un motivo para escribir sobre literatura y sobre arte, un motivo de sospecha en el ánimo de Jacqueline que huye de mí, de mi cuerpo, de mis conversaciones después de que no le diese una respuesta a su pregunta: ¿Quién es ella?

Pero esa no era la pregunta, querida Jacqueline; la pregunta debe ser: “¿Quién era ella?”. Porque ya no estás. Ni siquiera sé si existes todavía. Han pasado varios años. Dentro de unos meses, volveré a esa librería. Presento el nuevo libro de poemas de Alice Oswald.

No he podido negarme y es una gran oportunidad para conocer a una de mis escritoras favoritas. Hablamos más de una vez sobre ella, sobre su escritura basada en su obsesión por los reflejos en los espejos y por la profundidad de las aguas.

Compromisos de hace años me obligan a regresar allí. Sé que no voy a verte. Sé que, si estuvieses allí, no sería lo mismo; todo ha cambiado. ¿Todo? Sí, todo, la percepción de ti, la luz afinando tus rasgos, la posición de tus dedos repasando cada línea de esa novela de Plath, tu pelo sobre los hombros, esos pómulos lisos que la luz lastraba con sus sombras, el aroma a ceniza, el silencio que desprendías como un reflejo de lo desconocido, de aquello que habría de indagar a través de tenerte a horcajadas mientras evitábamos besarnos como se besan quienes quieren complacerse.

No queríamos parecernos a nadie. No queríamos ser una pareja de enamorados.

Lo que te enseñé no era propio de un hombre digno, pero éramos felices, si es que la felicidad era aquello, la disidencia, explorar los márgenes, evitar el

pasado de cada uno de los dos, mirarnos a los ojos y descubrir la soledad en la profunda sima de nuestros cuerpos.

Nunca seríamos dichosos al otro lado de aquellas paredes, donde las gentes conversan en las cafeterías del centro, compran en tiendas de segunda mano, trabajan en oficinas, cuidan enfermos, se sientan en el borde de la cama de sus hijos para contarles algún cuento ancestral. Y, aunque no nos gustase nada de eso, estábamos predestinados a mezclarnos con la manada.

Cae la tarde afuera. Jacqueline ha salido a comprar flores. Cuando vuelva, comentará la subida del precio de rosas y glicinas, y yo asentiré, y observaré cómo desplegará el ramo sobre la mesa y el espacio se nutrirá de un color vivo.

Pero nada de eso cambiará la tristeza de las cosas, la palidez de un rostro que me mirará con indulgencia, resentido y ansioso por saber algo de ti, algo de una mujer que me marcó profundamente y que ella, por mucho que lo intente, no podrá alcanzarla.

Y yo añadiré que esas flores son preciosas, que la vida en casa es otra

cuando las rosas y las glicinas ocupan ese espacio, y entonces ella se recluirá en la cocina a preparar café, y yo seguiré leyendo a Oswald, porque me gusta conocer en profundidad a los escritores antes de hablar de ellos.

No soy de esos críticos que improvisa o que llena sus conferencias de puro sentimentalismo. Con el paso de los años, me he vuelto una criatura mucho más fría y reflexiva. Contigo, creo que ya lo era.

Luego, entrará Jacqueline con la bandeja y me servirá el café, y se colocará uno de sus mechones detrás de la oreja, y su perfil me recordará al tuyo, y no podré hacer nada más que eso; recordar, regresar a ti, imaginar que tu cuerpo sigue allí, en la librería, a la espera de que yo regrese como voy a hacer dentro de unos días.

Ojalá sucediera. Ojalá estuvieses en esa presentación del libro de Oswald. Seguramente alguien como tú, tan interesada en la literatura en lengua inglesa, asistirá o habrá visto mi foto en el cartel de promoción junto al de la escritora.

Tengo miedo a que suceda, pero el miedo se alimenta del deseo, de aquel deseo más furtivo que, en alguna leyenda celta, roba el alma a los hombres que

evitan mirarse”.

Michael

24

“He visto tu foto. Tienes el mismo aspecto. Vas a presentar en Hatchard’s a la escritora Alice Oswald, una de mis poetisas favoritas. He sentido miedo, el miedo a inaugurar un nuevo momento en mi vida, otra etapa, otra derrota, porque no sé si me evitarás.

Ni siquiera sé si te acordarás de mí. Ni siquiera me reconocerás entre los asistentes, aunque pregunte a Alice sobre su poesía política y tú me concedas la palabra para replicar, aunque me acerque a ti al final de la presentación a

darte las gracias por tu elocuente discurso, aunque, al reconocerme, te reproche por qué no acudiste a esa última cita en aquel apartamento.

Debo ir.

Debo regresar a ti. Soy una idiota. No puedo someterme de la forma en la que lo estoy haciendo. Pero tengo tantas ganas de reconocerte de nuevo, de reconstruir el rostro que, en los recuerdos, se ha ido desvaneciendo como una necesaria forma de poseer solamente tu cuerpo, lo que albergaba y nunca te atreviste a comunicar.

Hoy he vuelto a masturbarme pensando en ti y he sido más infeliz, porque sé que la distancia entre los dos es cada vez mayor, aunque pueda reencontrarme contigo en la librería Hatchard's.

No sé si podré estrecharte entre mis brazos.

La soledad tiende a arruinarme. No es la primera vez que soy sierva de la oscura tentación de autolesionarme.

No bromeo.

No es la primera vez que, después de masturbarme, he pensado en abandonarlo todo, en elegir entre las rosas o el suicidio. Perdóname por ser tan atrevida, aunque nunca leas nada de esto”.

Sheila

25

“He subrayado estos versos de Alice Oswald porque sencillamente me he acordado de ti: *Como un murmullo de viento se extiende un rumor de olas una larga nota cada vez más alta. El agua exhala un profundo suspiro como una onda de tierra, cuando el viento del oeste atraviesa un campo, deseando y buscando nada que encontrar (...)*”.

Michael

26

“No es justo que ocurra. Que viva con la lentitud de quien ha perdido todo. Soy una mujer con suerte, dicen, pero ¿qué es la suerte en mi caso? Han pasado varios años y sigo más hundida.

Creo que, de repente, se ha precipitado todo y... ¿qué es “ese todo”? La sensación continua de añorarte; allí, en ese cuarto, cuando me atravesabas y tu aliento se fundía con el mío, desapacible, impetuoso.

Según pasan los años, aumenta ese vacío en mí; tus dedos entraban en mi

cuerpo y yo era un caudal que luego desembocaba en tu torso. No sabes cuánto lo echo de menos.

Me estoy volviendo loca.

No puedo mirar a Richard a los ojos, ya no puedo siquiera hablar con mis hijos. Saben que hay algo sucio dentro de mí, aunque aquello nunca fue nada de lo que deba avergonzarme, o que me haya humillado por siempre.

Al contrario, ahora lo necesito, porque me llenaba de empuje y de más juventud.

Pero lo que es sucio en realidad es que quiero volver a verte, volver a esa habitación, dejarme hacer por ti solamente lo que tú eres capaz de darme, de lo que puedes nutrirme y que está mucho más allá de esta aparente felicidad que me rodea.

Créeme; no es felicidad, es pura falsedad. Estoy cada vez más hundida. Presiento el desastre cuando, en mitad de la noche, me levanto y arropo a mis pequeños, y luego vuelvo a la cama, y miro el perfil dormido de Richard, su aura de benevolencia, de máxima generosidad.

¿De qué me sirve un hombre así?

¡Qué injusto es todo esto! No merece que yo lo humille así por escrito.

Es un hombre que me ama profundamente, que me ha protegido, que ha sacrificado su ascenso laboral y su proyección internacional a estar conmigo.

Soy una mujer egoísta, pero no es el placer lo que busco en tu cuerpo. No es el placer lo que se quedó allí, en aquella habitación de Bloomsbury, fue algo mucho más profundo, una energía, una vibración, un miedo a persistir en esta mentira, una revelación.

Y cada una de esas cosas residía en tu cuerpo que se adentraba en el mío, como si la luz quisiera absorbernos, extraviarnos en otra realidad, desconocida, indolente. Nada hasta ahora ha podido sustituir a aquello.

He sabido de ti otra vez por los periódicos.

Supongo es importante para ti presentar el nuevo poemario de Alice Oswald en Hatchard's. Oportunidades como esa no debes desaprovecharlas.

Probablemente vaya a ese encuentro con la escritora.

Porque lo necesito.

Te necesito. Necesito mirarte a los ojos.

¿Sabes una cosa? Sales muy atractivo en la foto de ese cartel que anuncia el evento. Parece que no han pasado los años por ti. Esa pose con la mano bajo la barbilla te define muy bien. Miras al objetivo de una cámara con agudeza, como si fueses un hombre con capacidad de solvencia en la peor de tus dificultades. Nunca quisiste revelarme tu condición de crítico ni de profesor, aunque lo sabía desde el principio.

Y yo callaba tu nombre, como me ordenabas, y esos aspectos de tu biografía que fui rastreando por páginas webs y publicaciones.

Eres un hombre poderoso intelectualmente, pero también un cobarde al dejar que yo me hunda sola. La vida te sonrío. A ti. A ti solo.

Y yo no soy nada sin aquella habitación, sin las horas previas de espera, sin nuestro café en aquel apartado donde me instruías sobre estilos y corrientes literarias.

Quiero volver a escuchar tus opiniones acerca de esa literatura que nos ha ido marcando a los dos a lo largo de estos años.

Estoy acabando mi tesis doctoral sobre *La campana de cristal*, de Sylvia Plath. *Neurosis y sacrificio en la literatura femenina*. Me identifico con ese título.

El hecho de retomar las líneas y los párrafos de esa novela me retornan a ti, inciden en ese placer, que no era placer sexual en realidad, sino lo que ninguno de los dos hemos sido capaz de afrontar: que quizá fuese amor, un amor distinto a como lo habíamos entendido hasta ese momento, que emergía allí, de tu torso, de tu abdomen, del calor de tu sexo en mi boca, de los gemidos que se intercalaban en un silencio igualmente provocador; unos gemidos ajenos a los que emito cuando Richard intenta follarme cada sábado, a la misma hora, con una ternura que me resulta insultante.

Era esa espontaneidad, que el vigor y la fuerza de tu cuerpo infundían en mí, lo que me llevaba a esa habitación, a respetarte, a obedecerte en cada una de tus maniobras. Sí, en efecto; a dejar que tus dedos se mojasen de mí, a que tu boca inundase mi cuerpo con un tacto penetrante, que me arrebatara el mío

propio.

Necesito verte, quedar contigo, escrutar en tus ojos la ciega razón que nos movió a follar continuamente, a querer ser otros en un mundo que negó a que eligiésemos.

Necesito hacerlo. Necesito elegir. Necesito renunciar a Richard, a su benevolencia, a su mansedumbre.

Iré a verte a esa presentación y dejaré que vuelvas a mirarme con la intención de corregir el rumbo que ha tomado mi vida al menos.

No hay mayor respeto que ese. Lo merezco. Tranquilo, nadie me acompañará y volveremos a esa habitación. Estoy segura. Tan segura como que, si no es así, ya tengo decidido qué hacer para poder mantenerme a flote”.

Sheila

La escritora Alice Oswald se sienta en el centro. A la derecha, Michael mira al fondo y no ve a nadie en especial, solo los rostros difusos de una muchedumbre que espera impaciente a que hable la poetisa. Hacía meses que la librería no se llenaba con tanto público.

Una tarde gris añade un cariz nostálgico a ese debate literario que el hombre y la invitada iniciarán. Precisamente, esa atmósfera sombría era lo que buscaba especialmente la poetisa Oswald.

Cuántas veces no ha declarado a la prensa, que escribe mucho mejor en días de lluvia, cuando su cuerpo y su mente buscan el refugio de la soledad que un tiempo desapacible siempre procura por necesidad.

Michael siente las manos frías. Pese a los años que lleva presentando libros, está nervioso. Pero hoy es un día importante porque no todos los críticos tienen la suerte de presentar el nuevo libro de una de las autoras con más prestigio en Gran Bretaña.

Un rumor de voces se extingue cuando Michael pide silencio y su voz grave entona los primeros versos con los que comienza ese nuevo poemario de Oswald, *Fallen awake*.

Después de rezar una dedicatoria que la escritora ha dejado al final del poema, vuelve a mirar al fondo y distingue a una mujer. No da crédito.

Hay un instante en el que el tiempo deja de ser tiempo, en que se torna en una clase de lugar, una habitación, unas sábanas, un cuerpo que ahonda en otro, recuerdos, meros recuerdos, pero que enseguida desaparecen y él baja la mirada.

Olvida que esa mujer es alguien que influyó en su vida durante unas semanas. Olvida que esa mujer cambió su vida aquel otoño, porque hizo que su existencia fuese más intrigante, apasionada, más verdadera.

Pero lo que hace ahora es escuchar a la escritora, girar la cabeza y fijar sus ojos en los labios de Alice, una escritora, cuya voz está marcada por su acento del norte, y luego fija sus ojos también en alguien que pregunta una vez que la escritora da por concluida su análisis de la obra a los veinte minutos.

Y la mujer que Michael debería haber reconocido, a la que debería al menos haber saludado, se pone de pie, y, aunque él vuelve a mirarla, prefiere pensar que no es nadie.

Es mejor no reconocer a nadie. No quiere, porque lo que quiere ya murió, murió en aquella habitación. Aquella verdad más profunda, más humana que tanto Michael como Sheila vivieron está enterrada en un apartamento de Bloomsbury.

Sabe que es doloroso, pero debe hacerlo. Olvidar. Controlar sus nervios. Ignorar a esa mujer, ignorar ese cuerpo que alguna vez le gustó demasiado. Porque a alguien como Michael ya solo le interesa recordar, no acercarse a ella, no volver a ese apartamento, no volver a follar, ni a mirarla a los ojos con la intención de entrar en ellos con una superioridad que a Sheila la entumecía.

¿Qué sentido tendría después de estos años? Ninguno. Ya no sería lo mismo. Ya no existiría la tentación de usurpar la inocencia de Sheila que necesitaba aprender de alguien como él.

La escritora resuelve preguntas, comenta, toma notas para volver a responder a los asistentes. Hay prensa local y Michael toma la palabra para argumentar a favor de un poemario del que se hablará durante años, mientras la mujer que esperaba algo de ese hombre desaparece al fondo.

Sheila se ha marchado.

Luego, Alice Oswald firma libros con su pluma de la suerte, mientras Michael permanece a su lado, sonriendo, comentando la jugada de alguna de esas líneas que la escritora inventa para sus lectores.

Y Sheila, la joven que leía a Sylvia Plath a contraluz en aquella misma librería, ya no está.

Y Michael siente un alivio inmenso. Porque todo sigue su curso. Porque todo sigue siendo hermoso en su imaginación. Porque ninguno de los dos volverá a entrar a aquella habitación, a traicionar la inspiradora atmósfera que los dos crearon allí.

Sabe que lo que ha hecho es de un auténtico cobarde, de un auténtico hijo de puta, pero, mejor así, aunque no sea mejor para todos.

28

“Ni me has mirado. Miento. Lo hiciste y, al darte cuenta de que era yo, giraste la cabeza, como si mi existencia te pareciese una garantía de que todavía podías perderme.

Sabías que estaría allí, dispuesta a comer de tu mano. No podía ofrecerte otra cosa que esa invitación a reanudar lo nuestro, a convertirme en el alcanzable deseo de alguien que busca otra realidad.

Pero, por lo que veo, todo concluyó entre nosotros. El respeto se extinguió

como la escasa luz que trataba de escrutar cuando, después de mis orgasmos, miraba hacia la ciudad, queriendo que aquella realidad fuese un espejismo, ansiando que lo auténtico fuera solamente tú y la habitación, y esa sensación de pertenencia a ti, a lo que tus ojos reclamaban de mí.

He comprobado que no ha servido de nada, que has quebrado la línea de un tiempo que nos había unido para siempre, que prefieres el olvido a volver a mí, a seguir entrando en mi cuerpo con la contundencia de un hombre que buscaba iniciarme en el mayor de los desafíos: vivir sin alguien como tú a mi lado es imposible.

¿Qué me queda?

Cuando esquivaste mi mirada, una vez que presentaste a la escritora, asistí al declive, a que no cambiaría nada de lo que tengo ahora. Olvidar o recordar son ya la misma acción y mi voluntad no es otra que la de renunciar a seguir aquí.

No puedo seguir sin ti, entiéndelo.

Soy una mujer egoísta. Pero, ¿quién soy yo para juzgar lo que he sido después de conocerte?

¿Por qué no puedo volver allí, contigo, reanudar otro principio? ¿No eras un hombre en realidad?

Eras un cuerpo, un reflejo, la luz de Londres, la incertidumbre que fía el placer a amar con temor, a respirar el mismo aire viciado. No lo sabes aún. No sabes cuánto necesito eso, todo lo que significas.

Pero habrá otra vida para comprobarlo y prométeme que ahí estarás tú, detrás de mí, sumergido en la claridad de un espacio concreto, observando cómo interpreto las primeras líneas de esa novela de Sylvia Plath.

Si vuelves a esa librería, habremos nacido de nuevo y ninguno será capaz

de reconocerse en el otro hasta que me invites a esa habitación”.

Sheila

29

“Hoy he vuelto a verla. Era la misma luz bajo las hojas; he presentido su futura oscuridad, la latencia de muerte que hay dentro de la materia.

Sentada en el banco, mientras mis hijos y Richard habían entrado a una exposición sobre Velázquez, he querido buscarte en lo que apenas queda de unos recuerdos que confundo con unas secuencias que mi imaginación evoca.

No sé qué fue real y qué fue mentira. Sentada en el banco, frente a la fuente, la he visto, su eclosión de amarillo intenso, cómo las hojas se elevaban

con el viento y se deshacían en el espacio.

Y yo estaba allí, en nuestra habitación, inundándome de ti, de tu sudor, de tu fuerza, de tu intransigencia hacia mis caricias, pues querías que yo me mostrase vulnerable, querías escuchar mis gemidos, presentir que me estabas penetrando con la voluntad de hacerme olvidar que no era una mujer común, ni un alma joven que despierta a la madurez, sino que consiente que un hombre como tú, mayor que yo, pudiese arrastrarme adónde quisiese.

Y yo lo necesitaba.

Necesitaba que tus dedos me penetrasen primero. Estabas convencido de que no había nada malo en aquella maniobra, en nuestra ocultación del resto del mundo, en nuestra infidelidad. Yo era también una criatura frágil, al verme empujada a desnudarte con la impulsividad de quien sabe adaptarse, como mejor puede, a la adversidad.

Aún puedo sentirlo, sobre mi pecho, el calor, tu calor, ese presentimiento de saber que me harías lo que nadie me había hecho ni me haría jamás; el calor de tu torso desnudo, impaciente, abocado al desasosiego, hilvanando

cada palabra que yo acertaba a decirte para que tu excitación provocase aún más la mía.

Todo aquello era la certeza de que estaba viva de verdad, allí, contigo, sin que tuviese que reclamar a nadie, a partir de ese instante, su protección o la prolongación de un orgasmo tras otro, mientras tu sexo me inundaba, me invadía dentro, cada vez más dentro hasta el extremo de que éramos un solo cuerpo.

Éramos también una sola materia, inspirada por esa luz tímida que se alojaba en aquella habitación pobre y espaciosa, buscando el cobijo de nuestras bocas, ávidas de luchar mientras el aire se consumía, como el silencio que nos apartaba momentáneamente para regresarnos a ese lugar donde yo te pedía de nuevo que me penetrases.

Sentada en el banco, la veo, su transparencia, cómo regresa a las hojas, las eleva, y las sepulta bajo otras hojas parduscas, cómo se escapan del parque mientras los árboles fruncen sus sombras y yo desaparezco. Y lo hago sin ti, y eso me entristece demasiado”.

¿Qué querías de mí, en realidad? Todavía no lo sé. Tampoco tengo claro que fuese la única persona a la que habías invitado a ese piso.

Demasiado previsible, pero el sexo fue bueno, muy bueno, como si un flujo de luz todavía me atravesara para confiarme la gratitud de fundirme con aquello que nadie puede tocar; un reflejo, el polvo sobre los objetos, la claridad que emana de las hojas, la realidad que se repliega sobre la superficie de las aguas.

Pero, ¿qué me queda después de todo esto? Nada, las palabras, heredar unos recuerdos que mienten sobre lo que de verdad pasó. No puedo alcanzarte ya. No estás. Simplemente, no estás. Y no quiero sentirme culpable por algo así. Entiéndelo. Vuelvo a escribirlo. Me estoy volviendo loca”.

Sheila

30

“Soy un hijo de puta. No soy un hombre realista, algo de lo me he vanagloriado siempre. Creo que estas líneas son las únicas que guardaré entre mis apuntes. Lo merezco. Lo demás es ceniza. Lo demás que he escrito sobre nosotros ha sido una cobarde forma de ir desprendiéndome de ti. Por eso, lo quemaba cada vez que acababa de escribirlo”.

Michael

31

“Me mantengo en la distancia. La imaginación es letal. Cuando Richard eyacula sobre mis pechos, presiento que será la última vez. Necesito escapar de todos estos años sin ti, sin nuestra habitación en aquel bloque del centro.

Necesito regresar a ti, que tus manos me quiebren a contraluz, que recorran el perfil del que me acusabas cada vez que tratabas de explicar qué sentiste en aquella librería, cuando me entretenía con aquella novela titulada *La campana de cristal*.

Pero sé que todo es un error después de la presentación en la librería. Me esquivaste. No quisiste hablar conmigo. No significo nada para ti así que no debo caer en la vanidad de esa ilusión. Nada puede volver a ser como antes. Nada podrá rescatarnos y devolvernos allí.

Recuerdo esa noche en que ya no acudiste.

Me desnudé y no estabas.

No estabas allí. Y yo sí. Prendida de aquella claridad que tus labios rozaban antes de adherirse a mi piel y profundizar entre mis piernas para estremecerme, para forzarme a conocer el placer que no podía evitar, aunque trataba de hacerlo. Aquella tarde de septiembre ya no sucedió.

No apareciste. Ni una nota.

Lo sé: el lenguaje es la perversión. El lenguaje nos hace reales, nos entrega al otro y nosotros no queríamos eso: no queríamos que la entrega fuese un sinónimo de compromiso. Me enseñaste a presentir el riesgo de las palabras.

Era cierto: yo no veía en ti a Richard, sino a un hombre que me ayudó a conocerme desde otra concepción de las cosas.

La rebeldía habitaba en mí y la fuerza demoledora de evitar el decoro y la contención. Estábamos en otro lugar que nadie podría invadir ni usurpar.

La privacidad de aquella habitación era nuestro propio conocimiento de los cuerpos, el alcance de su éxtasis: nuestros límites, al menos los míos, no estaban escritos.

Tu sexo los ponía a prueba. Querías que yo me transformase allí, que me abandonase a ti. Eras la otra orilla, el otro cuerpo que Richard jamás podrá representar. Eras la verdad de una vida que nos habría obligado a morir de inanición, de sed, allí mismo, porque jamás habríamos querido salir de aquella habitación.

Sabes que estoy herida de muerte, que no puedo respirar al lado de Richard, que no sé cuánto más podré disimular. Pero no puedo dejar a los niños. Y, si dejo a Richard, ¿qué me queda después? Nada.

Quizá, deba volver allí, desnudarme, esperarte o esperar un recuerdo y otro, y otro, morir allí, no contigo, sino con tu imagen, un esbozo de tu cuerpo, tan fuerte, tan tenso, invadido por el ardiente deseo de vencerme mientras mis piernas temblaban con cada impulso.

Eras excesivo, potente, rotundo, firme hasta que yo te suplicaba que ya era suficiente. Pero aquello era todo, lo que todavía me ha permitido sobrevivir. Pero no sé por cuánto tiempo.

No puedo hacer otra cosa que contenerme y buscar la soledad de una intimidad que Richard no me roba por desconocimiento. Y, en esa intimidad, me masturbo haciendo mías todavía aquellas manos que se ceñían a mi cintura, firmes o serpenteando por mi pelo, mientras los besos rehuían otros besos.

Jugábamos a no reconocernos, porque el temor, siempre el temor, a saber el uno algo del otro, nos atenazaba.

Sabes que estoy herida de muerte cuando dejé aquella habitación después de estar esperándote toda una noche. Entendí que ya no era necesario regresar allí. No sé si, después de estos años, hemos ganado en algo. No creo que pueda seguir así por mucho más tiempo.

Todo se ha convertido en ceniza. No me importa el presente. Mis hijos están ahí. Pero yo no estoy en ningún sitio sin ti, sin aquel cuerpo, sin aquella habitación, sin aquella librería donde nos conocimos, con la novela de Sylvia Plath en mis manos.

Richard está ahí, pero no sirve. ¿Qué va a ser de mí? Puedo convertirme en la criatura más egoísta que hayas conocido, pero no me queda otra cosa. No me queda otra reacción contra ese tiempo que se fue y el tiempo que me queda sin nada.

La mujer que ahora escribe no es la mujer que leía a Sylvia Plath en aquella librería, ni la que esperaba recibirte cuando tu torso se plegaba sobre el mío y éramos el mismo cuerpo, unido por la luz, a la espera de ese rumor sordo que el silencio provocaba para aislarnos todavía más de Bloomsbury, de la concurrencia de jóvenes en los parques, inmersos en sus discusiones.

¿Qué éramos en realidad? ¿Quiénes éramos? Éramos lo que callábamos, lo que nos excitaba de verdad, el riesgo de romper aquella regla, de sobrevivir en un ecosistema que habíamos creado para nosotros, al margen de aquella ciudad que nos reclamaba a las pocas horas, cuando la oscuridad de la noche se cernía sobre las calles y los edificios, y nos empujaba a desaparecer.

No nos decíamos adiós.

Un mensaje de wasap al día siguiente para concretar una nueva cita, y después la vida, la otra vida, la de la gente corriente, la que tengo ahora, donde me asfixio, pese a tener todo lo necesario para ser feliz.

Soy una mujer envidiada, pero nadie sabe nada de mí, como no sé nada de ti, pese a aquellas tardes, pese a pasear contigo, pese a algún café cerca de Hatchard's donde solamente conversábamos de literatura.

Estaba prohibido hablar de nosotros mismos, de nuestras vidas, de quiénes habrían de sufrir las consecuencias de nuestra inclinación a tener sexo. No sé siquiera si estabas con alguien. Lo suponía.

¿Qué podía hacer yo? Fui una cobarde, como lo soy ahora. Debía haberle confesado todo a Richard. Debía haberle dado la oportunidad de empezar otra vida con otra persona. Quizá intuiste que podría hacerlo, aunque no supieses nada sobre Richard.

Quizá fue eso lo que te asustó, lo que te impidió acudir a la cita, a que ya no contestases a ningún mensaje, a desaparecer lentamente de mi lado. Pero nunca lo hiciste en verdad.

Estabas en mí, porque te evocaba, porque me hiciste sentir culpable durante un tiempo, porque hoy me sigo asfixiando aquí mismo, frente a la ventana, mientras Richard lava nuestro coche familiar y los niños corretean

por el jardín de los Alisters.

No puedo olvidarte. No puedo olvidarlo. Y lo necesito. Por esa razón, me masturbo pensando en ti. Tu torso sigue plegándose sobre mí y puedo percibir su peso, la sombra incluso, su tersura, la tibieza de unos labios que rozaban mis hombros con la intención de que el placer no perdurase demasiado, para que yo lo reclamase de nuevo con un breve gemido.

No puedo olvidarte. No puedo seguir con esta farsa. No basta con confesarlo. No basta. Soy consciente de que aquello no ha de volver. ¿Qué me queda? ¿Esperar? ¿Esperar a qué?”.

Sheila

32

No puede. No debe. Camina sola. Parece que las gaviotas emigraron. Es extraño que no la acompañen. El puente ya no está al otro lado de la ciudad. La tarde muere en las fachadas con su luz vacía de ese amarillo intenso que la caracteriza por esta época.

Mira alrededor. No hay ningún peligro que la amenace. Las aguas turbias enloquecen también cerca de la orilla. Es propio de esos años en los que las lluvias han sido tan abundantes.

Con las crecidas, se han extinguido los remansos.

No puede.

No debe. Sin saber exactamente por qué, se quita los zapatos. Pisa fuerte sobre los guijarros. Nadie mira a nadie. La primera vez que vino a la ciudad accedió a esta playa con unas amigas. Se bañaron. Era verano y no había ningún temor a desaparecer. La imprudencia era un síntoma de su juventud.

Nadie se detiene en esa acción determinante. Nadie observa a esa mujer que parece decidida. Sheila lo ha madurado durante mucho tiempo, si es que el tiempo es relevante para tomar una decisión así.

El frío congela sus dedos, pero sigue avanzando hacia las aguas. La corriente no se fija en un punto exacto. Sus ojos se cierran, los de Sheila, que intenta regresar a esa habitación en la que asegura que fue feliz, si la felicidad es vivir al otro lado de las cosas que no son fáciles ni armónicas. Si la felicidad es vivir lejos de Richard y de sus hijos.

Las palabras no significan nada. Tampoco lo significan las imágenes. La luz acaricia sus párpados antes de que ella se sumerja o sean las propias aguas las que arrastren su cuerpo, laxo, roto.

No hay nada hermoso por lo que merezca la pena mantenerse a flote o pedir ayuda. Lo hermoso está en el fondo, atrapado en la corriente. Nadie se percata de su desaparición. Nadie mira a nadie. Sheila traga agua y barro. Sus pulmones se quedan sin aire. Sus pulmones se inundan.

La luz se torna en una oscuridad que ella bendice y agradece antes de abrir la boca nuevamente bajo el Támesis que sigue su curso.

Unas campanas suenan.

Una mujer ha muerto, ella, y nadie mira a nadie. Ha sido sencillo, pero poco sutil. Demasiado violento. Quizá, por esa razón, ha sido sencillo.

Su cadáver será encontrado días más tarde junto a un muelle. Dos hombres que trabajan allí lo sacarán de las aguas y el río crecerá; buscará el origen y el desenlace de su propio nacimiento.

33

Michael ha vuelto a la librería. Esta vez busca un estudio sobre John Keats. La dependienta le ofrece un catálogo. La luz declina sobre las estanterías. Los lomos se ensombrecen lentamente.

Una música de fondo lo incomoda. Se trata de una melodía de Basinski. Está cansado de explorar versos y libros románticos. La pereza va definiendo su carácter según pasan los años. La pereza proviene de esa apatía hacia la vida que ya ostentaba en su juventud, pero que lo hacía mucho más atractivo, porque muchas mujeres confundían ese hastío con una actitud escéptica y rebelde hacia la vida en general.

Hay un silencio que proviene de un sitio que oculta el sordo acorde de una melodía. Ha detenido el mundo por un instante cuando, voluntariamente, ha cerrado los ojos.

No puede evitar recordarla cuando toma aire y, decidido, abre los ojos y mira hacia donde la descubrió por primera vez.

Era un cuerpo hermoso, a contraluz, tan leve como la propia cortina de claridad que, en este instante, se inunda de motas de polvo hasta dividir el mundo de dentro de ese otro mundo de fuera, donde las parejas caminan presurosas, donde algunas mujeres solas se detienen ante el escaparate y leen algunos títulos: novelas de viaje, thrillers policiacos, guías turísticas.

Se dirige hacia la estantería en la que Sheila encontró ese libro de Sylvia Plath. Se coloca en el mismo lugar. Parece que aún es capaz de oler la glicina de aquella piel traslúcida, de tantear las mejillas que palidecían antes de que las sombras acabaran por difuminarlas. Parece que fue ayer. Parece que haya sido todo demasiado reciente.

Jacqueline le ha encargado la nueva novela de Paul Auster y entonces se aleja de allí. Pero siente un escalofrío, una llamada, la tentación de volver a mirar a ese lugar sagrado. Y lo hace. “Idiota”, se dice a sí mismo.

No hay nadie. Ni lo habrá. Pasan unos minutos antes de que la dependienta le entregue las dos obras que le ha pedido y entonces sale de la librería. Se une a la muchedumbre, a las resonantes voces de unas conversaciones absurdas, al eco de una música que emana de cientos de móviles y Ipods, y todo le parece trivial, aburrido, predecible.

Podía haber hecho ese encargo por Internet, pero ha preferido regresar a Hatchard's, como si todavía presintiese que alguien pudiese estar esperándolo.

Pero Sheila ya no está en el mundo que ellos detestaban. No, ya no. Y Michael no sabe nada de su desaparición. Hay algo morboso en esa escenificación de volver a la librería, como si necesitara alimentarse de ese recuerdo que tanto lo ha nutrido.

Decenas de personas se ahogan cada año en el Támesis. Los periódicos no se molestan en informar de los hallazgos de los cuerpos. Puede crear un efecto de imitación.

Hay algo morboso cuando baja las escaleras de la estación de metro, algo como que acaba de detenerse en el andén y admite la derrota del tiempo.

El aire no está corrompido. No hace frío entre los túneles.

El silencio regresa a sus oídos. Y tantea en su bolsillo ese juego de llaves que colocó encima de una mesa ante los ojos de una joven que quiso leer a Sylvia Plath.

Y Michael mira a la pared del fondo antes de ponerse a llorar.

Justificación

Siempre me ha conmovido la película de Bernardo Bertolucci, *Último tango en París*. Cuando la vi por primera vez, encontré en el guion una idea genial, tristemente genial, que me ha acompañado siempre.

Ese argumento en el que una pareja se encerraba en un apartamento para hacer el amor sin saber nada el uno del otro ha inspirado parte de esta historia que acabas de leer.

Creo que la película de Bertolucci se merecía este humilde tributo a través de mi escritura y, aunque, claramente, se aleja mucho de la base argumental y estética de aquella cinta, quería que la incomunicación, la falsedad, la traición y lo poético formasen parte de este relato.

Agradezco tu generosidad al elegirlo y espero seguir tratando estos temas en mis próximas novelas de amor y erotismo.

TU OPINIÓN ME INTERESA

Si te ha gustado la novela y quieres ponerte en contacto conmigo, aquí tienes mi e-mail: ulisesnovo7@gmail.com

Del mismo modo, te invito a que me sigas en las redes sociales y a que conozcas algunas más de mis obras en mi perfil de Amazon.

Gracias, de verdad.